

El universo y la historia por partida doble a través de la fantasía especulativa panlatina. Tercera serie

NOTAS INTRODUCTORIAS Y TRADUCCIÓN DE
MARIANO MARTÍN RODRÍGUEZ

Amores prehistóricos: dos cuentos paleopatriarcales

La denuncia literaria de las sociedades patriarcales no es algo que haya tenido que esperar al activismo reciente. Durante milenios se ha dado por supuesta la superioridad del varón, con sus consecuencias históricas, tales como la tolerancia de la violencia sexual, la subordinación social de las mujeres y el monopolio del ejercicio del poder por un puñado de varones. Todo ello lo solían sostener convicciones culturales que consideraban que la femineidad entrañaba una

debilidad intrínseca tanto desde el punto de vista físico como del emotivo, incluso en el siglo XIX y principios del XX. Sin embargo, tampoco faltaban entonces autores que cuestionaran ese orden social heredado, por ejemplo, mostrando la monstruosidad de sus orígenes en forma de ficciones ambientadas en la prehistoria humana y centradas en las primeras manifestaciones de la pasión sexual masculina como causa de la victimización de la mujer. Dada la brutalidad

bestial de los primeros hombres según la ficción prehistórica temprana, coincidente con el concepto que se tenía en el siglo XIX de los *primitivos y salvajes*, tanto en el espacio como en el tiempo, no extrañará que la mujer aparezca casi siempre entonces más como una presa que el varón caza y esclaviza que como una compañera. Una novela escrita por una mujer y ambientada en el Neolítico de las civilizaciones llamadas lacustres de Europa central como es *Des signes sur le roc* [Signos en las rocas], de Julienne-Marie Moulinasse, incluso prolonga hasta 1930 la imagen tópica de la mujer resignadamente esclava en el seno de una sociedad en la que el varón más fuerte, el patriarca, tiene derecho de vida y de muerte sobre todos, sin que ello sea verdaderamente criticado, ya que tal estado de cosas se da por supuesto, al menos para aquel período. No obstante, el patriarcado en la ficción llamada prehistórica ya estaba agrietándose en los años treinta del pasado siglo, si hemos de juzgar por dos atractivos relatos ambientados en dos períodos muy distintos de la larguísima Edad de Piedra, uno a su principio y otro a su final.

El primero es brasileño y está firmado por Humberto de Campos (1886-1934). Se titula «O alce» [*El alce*] y figura, tal vez tras una primera publicación en la prensa que no he podido localizar, en el volumen *O monstro e outros contos* [El monstruo y otros cuentos] (1932)¹. Se trata de una parábola que persigue ilustrar el origen de la violencia machista sobre la mujer, entendida esta no como un ser humano, sino como un objeto, una propiedad que se usa al arbitrio del varón y que este defiende, también con violencia, ante cualquier rival, y de ahí que aquella violencia machista cause enseguida también víctimas varones. Para que la parábola en este sentido sea más clara,

Campos pasa voluntariamente por alto el hecho de que el ser humano, igual que sus predecesores homínidos, ha vivido siempre en sociedad. Sus protagonistas, que ya cuentan con nombre propio, tienen una vida comunitaria reducida al mínimo, seguramente para que no cupieran lecturas que atribuyeran a determinación social alguna el descubrimiento por uno de ellos del asesinato. Se trata de un crimen pasional que se explica como el resultado de la imitación de un fenómeno zoológico, una muestra de la inherente animalidad masculina, que se sugiere y critica tácitamente.

En el trío formado por un pareja de homínidos macho y hembra y otro macho que los acompaña, la crisis se produce cuando el varón emparejado descubre el abuso que el otro, aparentemente más fuerte y bestial, perpetra sobre su mujer, como si esta fuera un objeto y como si fuera la cosa más natural de nuestra especie en esa época. El varón al que le han robado la mujer, por así decir, es quien interpreta luego su situación como análoga a la de un venado que se ve obligado a combatir y matar a otro que sale del bosque y amenaza con llevarse la hembra del primero. La salvaje lucha entre los dos animales es descrita mediante una escritura épica que pone de relieve a la vez el ardor de ambos, pero también su crueldad, una crueldad que es común en aquel mundo, a juzgar por otros detalles que nos ofrece de él el narrador, el cual acierta a dar una idea cabal de la precaria posición entonces del ser humano. Este era ciertamente un cazador, pero se da a entender que aún no había descubierto la violencia contra sus semejantes, al menos hasta la rivalidad pasional que se narra. El luctuoso resultado no se describe, sino que se sugiere mediante una hábil elipsis, ya que el suceso mismo se sustrae a la descripción, de modo que la alusión final a

¹ La traducción que sigue se basa en la reedición siguiente: Humberto de Campos, «O alce», *O monstro e outros contos*, Rio de Janeiro – São Paulo – Porto Alegre, Mérito, 1962, pp. 77-83.

la sangre que sí ha llegado al río no deja dudas acerca de la violencia mortal producida, pero al mismo tiempo se indica así que el primer asesinato es un suceso tan atroz que ni siquiera sería narrable, al menos antes de que se volviera trivial en la (pre)historia humana. De esta manera, queda realzado lo terrible de un acto que hace retroceder al humano a la animalidad, esa misma animalidad que le ha servido de modelo para su violencia. Al menos cabe creer que no es innata en la humanidad. Sin embargo, la venganza personal contada en «O alce» señala los orígenes de la costumbre de recurrir una y otra vez a la agresión como una realidad histórica desde los albores de la humanidad y que afecta a todos los hombres por igual, sin que se salven de esa lacra moral los blancos, en contra de las teorías racistas ampliamente extendidas aún en la primera mitad del siglo xx. El mulato Campos niega la supuesta superioridad de las razas nórdicas al indicar claramente que sus personajes, tan irracionalmente entregados a la violencia en este cuento, son rubios, el rasgo físico convencional de las poblaciones que, debido al racismo común en aquella época, sobre todo entre los pueblos germánicos, se consideraban superiores a las demás. Al mostrarlos como lo hace en «O alce», Campos invierte ese tópico contemporáneo. La bestialidad masculina no conoce razas.

Tampoco parecen tan civilizadas como se presentaban implícitamente en los tratamientos arqueológicos de aquella época las poblaciones europeas del período neolítico que se creían habitantes en palafitos sobre lagos en Europa. Estas poblaciones eran, sin duda, más avanzadas tecnológicamente que los hombres de las cavernas, y se puede suponer asimismo que su orden social, tras la invención de la agricultura,

era más complejo, con una naciente división en clases y tal vez ya instituciones (proto) estatales, por ejemplo, a efectos de organización militar frente a la amenaza de otros pueblos que invadieran y les arrebataran sus tierras. En efecto, el propio hecho de vivir en lagos pudo entenderse como un mecanismo defensivo. Tal vez por ello, las ficciones narrativas y dramáticas sobre los lacustres, que constituyeron una especie de moda, sobre todo en Francia, insisten en la descripción de enfrentamientos bélicos que determinan el destino de civilizaciones enteras, y en este caso la de los propios lacustres frente a las oleadas de bárbaros nómadas. Este esquema narrativo lo sigue el maestro indiscutible de la ficción prehistórica, el belga J.-H. Rosny aîné (Joseph Henri Boex, 1856-1940) en su breve novela *Eyrimah* [Eyrimah] (1893), que es una magistral narración épica. En cambio, prescindió de la guerra en su cuento tardío, abajo traducido, «Amour des temps farouches» [*Amor en los tiempos feroces*] (1933)². Como el propio título indica, su tema principal es el amor o, mejor dicho, el surgimiento del propio sentimiento del amor a la manera romántica en el seno de una sociedad que se presenta como una combinación de rasgos muy primitivos con otros ya propios de las civilizaciones históricas. Entre estos últimos se puede mencionar la existencia de una religión pagana completamente institucionalizada. Existe incluso una clase sacerdotal que vive apartada en un espacio sagrado de carácter artificial labrado en la piedra, al que los lacustres *laicos* acuden únicamente con ocasión de ceremonias públicas especiales que se celebran en fechas concretas de un calendario sacro. En «Amour des temps farouches» se describe con detalle una de esas ceremonias, consistente en la ofrenda de numerosas riquezas al dios Sol,

² La traducción se basa en la reedición siguiente del original: J.-H. Rosny aîné, «Amour des temps farouches», *Les conquérants du feu et autres récits primitifs*, préface de Fabrice Mundzik, Montélimar, Les Moutons Électriques, 2014, pp. 163-166.

para propiciárselo con la ayuda de los sacerdotes y sus conocimientos en materia de ritual y oraciones para que siga fecundando la tierra. Otro de los ritos es el sacrificio humano de un guerrero elegido al azar, aunque los sacerdotes no son quienes lo sacrifican directamente. El guerrero ha de enfrentarse a un uro o gran toro primitivo en una especie de ruedo, de forma que la religión satisface el gusto tan humano por los espectáculos sangrientos y, en general, por aquellos en que alguien arriesga su vida en público. El combate taumáquico constituye, de hecho, el clímax del relato, y Rosny se recrea en sus detalles con indudable pericia narrativa y estilística. Sin embargo, no son la violencia ni la religión sus puntos focales. Vencer y matar al uro no solo significa que el guerrero salva su vida, sino que también obtiene la mano de la hija del jefe y, es de suponer, la jefatura misma a su debido tiempo. El guerrero designado por la (mala) suerte muere pronto, con lo que el Sol tendrá su víctima, pero un mozo salta al ruedo y consigue acabar con el gigantesco animal. Lo nuevo en ese mundo feroz evocado por Rosny aún es que su móvil no es otro que el amor por la joven, que servirá de premio, algo de lo que el protagonista se avergüenza por ser un sentimiento del que se reirían sus compañeros en aquella sociedad patriarcal y machista. La muchacha no parece indiferente a él, pero su voluntad no cuenta. Su padre la dará como premio a quien mate al uro, sin más. El cuento tiene final feliz, como corresponde al género indicado en el subtítulo del cuento, «idilio». No obstante, no es solo el correcto emparejamiento por la compatibilidad

sentimental de chico y chica lo que determina ese carácter feliz. El comportamiento de él indica que la respetará y tratará con dulzura inéditas y contrarias a la concepción de la mujer como esclava aún dominante entre los lacustres del cuento. Así se abre la posibilidad de una evolución hacia la suavización del patriarcado mediante un mejor trato hacia las mujeres, sin que ello suponga un menoscabo de la dignidad heroica del varón que ha demostrado que no teme poner en peligro su vida. Es aún un paso incipiente, pero el contraste con el salvajismo de los primeros hombres de «O alce» es claro. Al pasarse de la animalidad a la humanidad y del Paleolítico al Neolítico, el sexo se convierte en amor y la ferocidad se vuelve ternura. Ahí radica, se sobreentiende, la verdadera civilización, de forma que al atroz modelo negativo del cuento del autor brasileño pueda suceder con el tiempo el positivo del belga. Ambos dibujan en sus parábolas dos figuras contrapuestas de varón. Las claras connotaciones de cada uno de ellos apuntan a críticas del machismo patriarcal que, no por ser indirectas, son menos nítidas. Además, el rechazo del didactismo y del mensaje predicado permiten que ambas narraciones puedan leerse y disfrutarse por sí mismas, como ejemplos notables de recreación especulativa de la prehistoria y de las pasiones desnudas que podían entonces surgir, sin que ello vaya en detrimento de la acción, del placer de la aventura que se desprende del espectáculo de unos personajes que actúan para dominar su destino y acaban consiguiéndolo, para bien o para mal.

HUMBERTO DE CAMPOS

El alce

Era en las orillas del río Cobar, aún sin lodo y sin nombre, donde se abría día y noche, en aquellos tiempos inocentes del mundo, la boca monstruosa de la caverna. Abierta en la roca bruta por la fuerza inconsciente de las grandes aguas primitivas, la gruta enorme constituía el refugio seguro de los tímidos venados perseguidos, que allí iban a descansar, asustados, de la voracidad de los leones del Desierto. En ella vivía un rebaño de cabras silvestres, que alarmó el alto ribazo cuando llegó el troglodita, con su azagaya y su maza, dispuesto a ocuparla. Las cabras huyeron en tumulto, saltando de roca en roca, quebrando las uñas ásperas en las piedras oscuras de la orilla, y el hombre se quedó solo con sus armas y su valor, ante la Naturaleza misteriosa.

Cuatro lunas después, la caverna de las orillas del río era un hogar, semilla de una familia, esbozo indeciso de una tribu. Vivían en ella, en paz y silencio, Djeb, el cazador de uros; Elam, domesticador de abejas silvestres, y Heva, compañera y esclava de Elam. Vagaban estos últimos, casi perdidos, por la soledad de aquellos bosques occidentales cuando se encontraron con el primero y se pusieron a caminar juntos, solidarios frente a los peligros infinitos de la selva. La caverna, que Djeb había descubierto, les servía de abrigo. Por la noche, encendida la hoguera en la piedra porosa, se iluminaba la garganta enorme y los osos, los tigres, los uros, los mamuts, los ciervos, los leones, los elefantes y los mismos caballos bravíos paraban inquietos, preguntándose en silencio qué monstruo era aquel que abría las fauces rojas, donde bailaban

lenguas de llamas, en la ladera solitaria de la montaña.

La vida en la caverna era monótona, pero dulce. A altas horas de la madrugada, cuando estaban lejanos aún los primeros albores del día, Djeb llegaba a la boca de la gruta, defendida por grandes piedras amontonadas, consultaba las horas en la marcha silenciosa de las estrellas, prendía a su cuello de uro salvaje la gran piel de tigre, examinaba el extremo de la azagaya, cortada en los cuernos agudos de un antílope, y partía cauteloso a sorprender a los grandes herbívoros adormecidos. A veces, lo desviaban de su camino pjaras de cerdos, que perseguía a la carrera, estremeciendo con el estruendo de sus pasos el enorme bosque reposado. Otras veces, se dejaba ir a la ventura hasta salir, ya alto el día, a las grandes vegas punteadas por la sangre de los cardos en flor, de donde partían manadas de caballos corriendo y relinchando, a galope tendido, al acercarse él. En esos viajes de nómada pasaba el troglodita días y días comiendo, con las manos de grandes uñas, pedazos de carne de uro mal tostada y bebiendo de bruces en la corriente de los ríos o, de pie, en la lámina espumante de las cascadas. De repente, volvía sobre sus propios pasos como si lo persiguieran, aullando, todas las fieras del bosque. Penetraba en la caverna, arrastraba por el brazo a la esclava del compañero, la tiraba sobre las hojas del lecho y se apareaba como los lobos, como los tigres, como los perros errantes de la selva, como todos los seres de la tierra bárbara. Tomaba en seguida sus armas de nuevo y partía sin rumbo, mientras la mujer se levantaba del montón de hojas, sin

rebelarse, echando a la espalda el tumultuoso caudal de los cabellos desordenados.

Una tarde, entraba Elam en la caverna cuando oyó, entre la queja de las ramas del lecho, los rugidos de amor del compañero, que había regresado. Bajo su cabeza, dorada como la de los leones, los cabellos de Heva, más gruesos y más claros, eran una gran mancha en el verde descolorido de las hojas. Se detuvo, mirándolos, y retrocedió. Una gran angustia le llenaba el abismo del corazón. Sobre sus hombros, curvándolo, oprimiéndolo, gravitaba el peso de un mundo. Le parecía a su inteligencia de primitivo que el bosque había rodado, con toda la brutalidad de sus troncos y sus ramas, sobre su cabeza impotente. Un deseo irresistible, insistente e imperativo lo llamaba de nuevo a la gruta, donde había dejado, enlazados como dos lobos, al amigo y a la compañera. Sin embargo, se paró, indeciso, con la mirada en el suelo, donde grandes hormigas cargaban, ayudándose recíprocamente, trozos de hojas, cortadas de una alopecia nacida sobre una piedra. Las miró y pensó:

—Las mujeres son quizás como la alopecia que nace en la piedra; todas las hormigas pueden devorarla...

No obstante, arrojó de sí ese pensamiento y siguió errando sin meta. Amanecía cuando el domesticador de abejas llegó, con su azagaya de caza, a la linde del bosque, lejos del río. La cautela involuntaria con la que caminaba hizo imperceptible su cercanía para los habitantes del claro. Tan solo un búfalo barruntó su presencia, aspirando con fuerza el aire en torno, desconfiado. Algunos ciervos levantaron la cabeza erizada de cuernos entrecruzados, aguzando el oído para oír mejor los ruidos. Pero todo volvió a la calma, a la serenidad, a la paz confiada, con la inmovilidad de Elam, oculto como una larva por el tronco de una gran haya con las raíces a flor de tierra.

El nómada examinaba interesado la vida armónica de las cosas cuando se aproximó a la orilla del bosque un gran alce cuyos cuernos superaban la altura de un elefante. Detrás de él caminaba, esquilando el césped tierno, una cierva de pelo bermejo, que parecía tranquila, como si confiara totalmente su seguridad al valor vigilante del compañero. De pronto, surgió del bosque, en sentido contrario, otro alce solitario, que marchó hacia la gran corza primitiva. El alce de la vega irguió la cabeza sembrada de cuernos y berreó con fuerza. El otro respondió y se enfrentaron. Un ruido de ramas secas restalló en la furia del choque. Con los cuernos enredados, cruzados y confundidos, los dos cuadrúpedos curvaban el lomo en dos arcos enormes. Un ruido más fuerte anunció que la lucha iba a terminar. Con la cabeza vuelta, el alce agresor cayó por tierra, con un berrido convulso, trémulo y ahogado que asustó a los uros distantes. El venado victorioso se desenredó del vencido, retrocedió dos pasos, embistió contra el cuerpo palpitante y le perforó el vientre con dos topetazos violentos, removiéndole las vísceras con los cuernos agudos. Acto seguido, baló con fuerza, llamando a la compañera. Está se arrimó amorosa, lamiéndole el pelo, como en un agradecimiento conmovido. Y siguieron pastando juntos, bajo la luz acariciante del sol, la hierba tierna del claro...

Elam había asistido inmóvil a la gran lucha de los ciervos. Cuando hubo acabado el combate, el bárbaro recuperó la azagaya, examinó su punta y regresó en dirección a la caverna.

A la mañana siguiente, las aguas del río Cobar lavaron por primera vez, en la gruta de los trogloditas, la sangre de un hombre.

J.-H. ROSNY AÎNÉ

Amor en los tiempos feroces

Idilio prehistórico

Cuando el crepúsculo de la mañana empezó a extenderse sobre el lago, Uareh, hijo del Alce, salió de su cabaña acuática. El inmenso esplendor del cielo se derramaba sobre las aguas, y el joven pensaba que el cielo también era un lago, porque la lluvia desciende de él para fecundar la tierra.

Era el equinoccio de primavera, el día del gran Sacrificio al Fuego y a su Creador, el Sol.

Uareh pensaba en Wannáí, hija de Taúhn, uno de los tres grandes jefes del lago y envidiaba al guerrero, designado al azar, que iba a combatir por ella.

Si la costumbre lo hubiera permitido, se habría ofrecido a afrontar el Gran Uro del Bosque Azul, pero nadie puede oponerse a la tradición de los antepasados.

Un viento ligero agitaba las piraguas; el lago tenía esa irrealidad emocionante que vuelve más misteriosas las voces de las aguas, y Uareh pensaba que no hay vida sin agua; el fuego, solo, no haría sino desecar y endurecer la tierra.

A medida que la luz llenaba las nubes de llamas más brillantes, el número de lacustres aumentaba en el umbral de las cabañas, erigidas sobre pilotes.

Cuando Uareh columbró a Wannáí entre sus hermanas, su corazón se puso a latir como un corzo; más cercano a los hombres futuros que a sus compañeros, no solo codiciaba a Wannáí, sino que también habría querido que ella lo amase. Este sentimiento habría parecido

irrisorio a los demás guerreros y él se guardaba mucho de que se notara.

Ella parecía deseable a todos los machos, pues tenía el cuerpo robusto y bien formado, pero Uareh era el único que admiraba la gracia fina de su rostro y la tierna dulzura de sus ojos.

La muchedumbre empezaba a amontonarse en las piraguas, las mujeres vestidas de blanco y los varones con una piel de animal cruzada sobre los hombros y con la cara pintada de escarlata.

Cada piragua transportaba en profusión nenúfares, sagitarias, brotes de cañas, granos de lino, granos de trigo, telas teñidas y piedras brillantes para el dios.

Allá a la isla del Sacrificio, donde vivían los Hombres de Vida Oculta, los tres clanes habían enviado por adelantado el tributo vivo: corderos de cuernos de cabra, toros de las turberas, cuervos y lechuzas, que habían de ser degollados para obtener la victoria sobre el enemigo, la cosecha fecunda, la pesca y la caza abundantes.

Los grandes cuernos mugieron, la flotilla partió hacia oriente, cada piragua semejante a un islote de flores, mientras un colosal sol rojo, hoguera de los mundos, brotaba de las aguas.

Aclamaciones frenéticas seguidas de una larga melopeya saludaron al creador de los hombres, fecundador de las aguas, de los bosques y de las sabanas.

Apareció la isla del Sacrificio, bordeada por sauces centenarios y álamos antiguos, de una altura sorprendente.

Los Hombres de Vida Oculta se mostraron sobre un promontorio. Los cuernos rugieron y, a continuación, el más anciano de los sacerdotes avanzó hasta la orilla del agua. Su rostro árido parecía recubierto de corteza más que de piel, su larga barba blanca se desparramaba sobre su pecho como el líquen sobre las rocas y sus ojos opacos recordaban los élitros de los coleópteros. Sin embargo, su voz conservaba un poder misterioso y, cuando se hizo el silencio, clamó:

Jefe de los fuegos del Cielo y de los fuegos de la Tierra, tú que sacaste del agua al Gran Ancestro, Padre de los hombres, de los animales, de los árboles y de las hierbas, danos la victoria sobre nuestros enemigos, haz que nazca de nuestras mujeres una descendencia tan numerosa como las estrellas, llena las aguas y la tierra de presas abundantes, haz crecer el lino, el cáñamo y el trigo que alimenta a los hombres.

La multitud repitió a una sola voz:

Tú que sacaste del agua al Gran Ancestro, padre de los hombres, de los animales, de las hierbas y de los árboles...

Luego prosiguió el anciano:

—Te ofrecemos las flores, las semillas, las piedras brillantes, las hachas de bronce, los carneros pingües y los toros nacidos de la tierra profunda...

Los lacustres desembarcaron en tumulto y se apiñaron en torno al altar de granito, mientras que, sobre la meseta de un túmulo, los Hombres de Vida Oculta encendían la hoguera sagrada.

Brotó la llama; los mozos brincaron alrededor del túmulo, con las mujeres y las muchachas alrededor del altar; la alegría de las razas jóvenes se elevó hasta el cielo.

Luego se hizo un gran silencio y las cabezas se volvieron hacia la derecha del túmulo, donde la pendiente bajaba hasta la orilla del lago; en un ruedo rodeado de bloques erráticos se podía ver, colosal, el Uro del Bosque Azul.

Apareció un guerrero, conducido por tres hombres.

Llevaba en la mano una espada de bronce. El azar lo había designado: debía combatir a la bestia formidable. Si vencía, le correspondería Wannaí; si era vencido, lo inmolarían en el altar solar y su cuerpo sería arrojado a la hoguera...

Permaneció inmóvil un momento, pálido y tembloroso. Luego, avergonzado de su temor, bajó al ruedo. El enorme animal parecía esperarlo. Avanzó, primero con lentitud, como si fuera a atacar de frente la cabeza de agudos cuernos... Pero, de pronto, brincó oblicuamente, con la esperanza de alcanzar la garganta.

El toro no se dejó sorprender; saltó a su vez y el hombre, tras haber golpeado en vano con su arma la cabeza inmensa, empezó a huir...

Apenas había dado veinte pasos cuando los cuernos agudos lo atravesaron...

El Uro corrió alrededor del ruedo, sacudiendo el cuerpo tembloroso del guerrero, del que se deshizo tras haberlo aplastado contra el granito.

—Herm, hijo de la Serpiente, ha sido vencido; ¡su espíritu se unirá al sol y vivirá en la luz! —declaró el jefe de los sacerdotes—... No hay final más hermoso.

La muchedumbre miraba, ávida y decepcionada por ese combate mediocre. Entonces avanzó Uareh y gritó con voz resonante:

—El hijo del Alce quiere luchar a su vez contra el Uro del Bosque Azul.

Una aclamación formidable saludó esas palabras; la muchedumbre, que sabía que Uareh era un guerrero excepcional, confió en un buen espectáculo y mil manos se alzaron en señal de alegría.

Uareh lanzó una larga mirada a Wannaí, quien le sonrió, orgullosa de verlo combatir por ella, y entró a su vez en el ruedo.

El Uro, irritado, no esperó al ataque. Se precipitó frenéticamente sobre el guerrero, pero Uareh sabía cómo esquivar a los toros. Con la agilidad de un leopardo, se apartó, mientras que el animal, arrastrado por su impulso, proseguía la carrera.

Pronto volvió a la carga, aunque frustrado. Uareh habría podido herirlo, pero no lo intentó, para gran sorpresa de los guerreros, algunos de los cuales murmuraron. Hubo una carga en la que los cuernos estuvieron tan cerca del pecho de Uareh que se creyó que iba a quedar atravesado a su vez...

De repente, se lo vio saltar sobre el lomo mismo del monstruo. Mientras que la bestia, sorprendida, daba vueltas locamente, la espada de bronce le cortó la yugular, como lo hubieran hecho los dientes de un tigre y de una pantera.

Brotó un río de sangre, inundó los ijares rojizos y trazó una línea escarlata en el suelo...

El animal prosiguió al principio su carrera, pero, debilitado, se detuvo, permaneció un momento inmóvil y se desplomó.

Era la victoria. Varones y mujeres, todos los lacustres, así lo entendieron y saludaron al guerrero con un nuevo clamor.

Mientras tanto, Uareh había franqueado el recinto de granito y había avanzado hacia Wanná, trémula y ruborosa de orgullo.

—He luchado por ti, hija del Lince —dijo él...

Entonces declaró el jefe del Clan Rojo:

—Tu fuerza te la ha conquistado y no debes ningún rescate.

—Pero te daré, Gran Jefe, un hacha de jade, una lanza de bronce y un cuerno de pintura de guerra...

Después que el fuego hubo consumido los animales del Sacrificio, el cuerpo del guerrero matado por el Uro y el Uro mismo, la fiesta del Sol fue feliz. Una cierta dulzura reinó en las almas; la exaltación de la danza y la plenitud del festín crearon recuerdos muy dulces entre los jóvenes y revivieron los de los viejos.

Por la noche, el jefe del Clan Rojo hizo prosternar a la hija ante el vencedor mientras decía:

—Uareh, hijo del Alce, es ahora tu dueño; solo él te dará órdenes en el Agua y en la Tierra. Le debes tu cuerpo, tu trabajo y una descendencia abundante.

A continuación, Uareh se llevó a Wanná en su piragua, bajo la sombra acariciante y la nieve luminosa de las estrellas. Habló con dulzura a la bella hija del lago y la apretó contra su corazón con una ternura que desconocían las mujeres esclavas de los Tiempos Feroces.

La Atlántida hebrea: dos poemas simbólicos sobre Sodoma

La Atlántida es hoy la civilización perdida por excelencia. Aunque se trata de un mundo secundario ficticio más cercano a los espacios de la fantasía épica moderna que a los territorios de la geografía positiva, siguen abundando quienes buscan sus vestigios en algún lugar de la Tierra, tal vez porque el discurso historiográfico adoptado por Platón para narrar su mito atlante ha hecho que más de uno haya creído que se trata de historia real, sin parar mientes que la ficción también puede escribirse como si fuera historia. En menor medida, algo parecido ha ocurrido con un mito semejante también famoso, pero que procede de otra tradición literaria. En el libro hebreo del *Génesis*, las ciudades de Sodoma y Gomorra acabaron destruidas por una catástrofe que borró su civilización de la faz de la Tierra. Como en el mito de la Atlántida, fueron las maldades y la *hibris* de sus habitantes las que llevaron a una deidad, Yahvé en un caso y Zeus en el otro, a hacerlas sucumbir bajo los elementos, el fuego y el agua, respectivamente. En la Biblia hebrea, también se recurre al discurso historiográfico para narrar los hechos y, en consecuencia, tampoco faltan quienes sigan buscando las ruinas físicas de Sodoma en algún sitio del Próximo Oriente, con idénticos resultados nulos que cabe esperar cuando se trata de mitos inventados con fines de admonición moral, para condenar lo que a Platón o al ignoto autor o autores del *Génesis* les debía de parecer censurable. Otro rasgo común entre ambas

historias es su amplia fortuna en la literatura posterior, también en la edad contemporánea posterior a la Revolución Industrial, aunque con algunas diferencias.

Platón describe una civilización y cuenta su historia desde un punto de vista colectivo, histórico. En la Biblia, Sodoma es sobre todo el escenario en que se desarrolla la peripecia del patriarca Lot y de su familia, desde cuya perspectiva se presentan los acontecimientos. Esta diferencia de enfoque ha favorecido tal vez que la Atlántida haya suscitado más la imaginación especulativa que Sodoma, que rara vez ha protagonizado la ficción en sí misma, esto es, independientemente de Lot, mientras que no faltan las reescrituras de las vicisitudes de ese patriarca, entre las que figuran *Fine di Sodoma* [Fin de Sodoma] (1923), de Vincenzo Cardarelli (Nazareno Caldarelli, 1887-1959) y «Biografía de Lot» [Biografía de Lot] (*Biografía de Lot i altres proses* [Biografía de Lot y otras prosas], 1983), de Joan Oliver (1899-1986). No obstante, hay un par de cuentos sobresalientes en que se especula sobre la manera en que se habría vivido en esa ciudad hasta su destrucción, y en los cuales ni siquiera aparece aquella figura bíblica. Se trata de «Les vendanges de Sodome» [Las vendimias de Sodoma] (1883), de Rachilde (Marguerite Vallette-Eymery, 1860-1953), y «La lluvia de fuego» (*Las fuerzas extrañas*, 1906), de Leopoldo Lugones (1874-1938). Ambos se ajustan a la estética decadentista de su

época, con su recreación sensorial en la belleza de las cosas y de los seres, en el marco de una reconstrucción de ambientes antiguos típica de la ficción arqueológica coetánea.

Esta clase de reconstrucción ficticia brilla por su ausencia cuando la Sodoma evocada constituye un espacio de carácter simbólico ligado al espíritu decadente. En lugar del exotismo parnasiano explotado en aquellos dos cuentos, tenemos un uso de esa urbe como símbolo tradicional de la degradación moral derivada de los vicios contemporáneos, vicios en que insistieron ambigualmente, entre la condena y la fascinación, numerosos escritores en torno a 1900, cuando la moral (o hipocresía) victoriana había entrado en crisis. Como en la Biblia, la Sodoma simbólica encarna así la idea de pecado, pero en la literatura sodomítica simbólica parece haber salido del curso normal de la historia, que tan presente está en toda la ficción sobre la Atlántida, para configurar un mundo secundario que más bien parece existir en una dimensión distinta a la terrenal. Así ocurre, por ejemplo, en dos poemas de aquella época en que Sodoma parece ser un lugar concreto, pero en los que su existencia se reviste en parte de la abstracción de la alegoría.

En su poema francés «La cité rouge» [La ciudad roja] (*Les fastes* [Fastos], 1891)¹, Stuart Merrill (1863-1915) utiliza un lenguaje muy complejo, con multitud de figuras retóricas y profusión de símbolos más o menos crípticos, para sugerir el misterio de la encarnada ciudad descrita, que en el último verso resulta llamarse Sodoma. Algún detalle había apuntado a esta identificación, por ejemplo, la alusión a los volcanes y las flores de llamas de su erupción, que destruirá la ciudad en un río de fuego.

Asimismo, a los pecados de Sodoma se alude indirectamente al recibir aquella la calificación de ciudad del amor y del terror, de ciudad en que reinan unas tentaciones que fascinan y espantan a la vez a quienes temen morir en pecado y condenarse. No obstante, la índole de los vicios sodomíticos permanece vaga, tal vez para dar a entender su validez universal, sin olvidar que esa vaguedad constituye una invitación a la fantasía a través de un procedimiento intuitivo propio de la poesía simbolista. Lo mismo puede decirse de la quimérica galera que se dirige hacia la ciudad, con su cargamento de niños muertos que podría ser una alusión velada a los sacrificios infantiles practicados supuestamente por los púnicos. En cualquier caso, es ciertamente ominosa la atmósfera que rodea su singladura hacia la ciudad que va a ser destruida, en medio de paisajes sobrecogedores dominados por la muerte. Es quizá esa atmósfera terrorífica la que confiere marcado poder expresivo al poema, en el que brilla el dominio de la escritura del autor, un estadounidense afincado en Francia que supo explotar como pocos los recursos léxicos de su lengua de adopción. En «La cité rouge», la profusión retórica es tal que el elemento de creación ficcional queda como oculto bajo el ornato, un ornato que tiene su propio hechizo poético, el cual intensifica el misterioso atractivo de esta refinada Sodoma.

Más sobrio en su estilo es un poema rumano que comparte en gran medida el planteamiento adoptado por Merrill en el suyo. Se trata de uno titulado «Căderea Sodomei» [*La caída de Sodoma*], que su autor, Iuliu Cezar Săvescu (1866-1903), dejó manuscrito a su muerte y que tan solo vio la luz en 1984². En su Sodoma, también abunda el simbolismo

¹ La traducción se basa en la edición original siguiente: Stuart Merrill, «La cité rouge», *Les fastes*, Paris, Léon Vannier, 1891, pp. 62-63.

² La traducción se basa en esta edición póstuma: «Căderea Sodomei», *Scrieri*, ediție îngrijită și bibliografie de Ion Popescu Sireteanu, prefață de Ion Popescu Sireteanu și Lucian Chișu, București, Minerva, 1984, pp. 132-133.

de las imágenes, sobre todo en aquellas que describen hermosamente el fin de la ciudad, con el cielo en tinieblas surcado por sombras aladas ondeando antorchas de las que gotea el fuego, mientras todo se compara a las angustias de un presidiario. Este símil sugiere que esta Sodoma podría ser también una construcción mental, una materialización simbólica del pecado criminal y de su castigo. No obstante, el poema de Săvescu se caracteriza por la mayor concreción del mítico mundo sodomítico, que aparece como una ciudad real, con sus palacios y templos que sirven de escena a la voluptuosidad que parece obsesionar a sus habitantes hasta enervarlos y robarles su vigor y salud, a la vez que se difumina la distinción entre los sexos y los géneros. Tales conductas determinan la necesidad de la caída de Sodoma, pese a la intervención piadosa de unos profetas que obran por impedir tal desenlace. La perversión no puede quedar sin castigo. Esta idea se ajusta en todo al modelo bíblico, del que este poema de Săvescu es una versión laica y fantástica, igual que el de Merrill. Esa visión moralmente conservadora es común a ambos, aunque no deberíamos sacar conclusiones precipitadas

a este respecto. Tanto aquel poeta como este último pretendían seguramente reescribir el mito de Sodoma de forma innovadora, sin limitarse a glosarlo, tal y como indica la ausencia de las peripecias que hacen tan eficaz narrativamente los pasajes correspondientes de la Biblia. Su propósito literario parece haber sido más bien imaginar una civilización del pecado y el vicio fiel en su esencia a su modelo hebreo, pero que constituye una construcción literaria que pretende ser original en sí misma. Sodoma es en ambos casos el producto de un proceso individual de recreación de mundos ficticios mediante la invención simbólica, como corresponde a unos textos en los que el efecto literario fundamental sobre los lectores parece confiarse a la sugestión. En esta perspectiva, el hecho de que la verosimilitud histórica carezca de importancia en su escritura, a diferencia de los cuentos de Rachilde y de Lugones y de otros posteriores como «La caiguda de l'imperi sodomita» [*La caída del imperio sodomita*] (1976), de Terenci Moix, no reduce el interés como ficción especulativa e incluso fantástica de estas versiones simbólicas de la Atlántida hebrea.

STUART MERRILL

La ciudad roja

Será en un país de crepúsculo en el que el sol de púrpura, a ras de horizontes que elevan volcanes leonados de florescencias, presagiará los días pesados de la canícula.

Un río de llamas extenderá allí sus aguas entre los archipiélagos de lotos y el arenal, donde la vieja Quimera, en el áspero cielo del ensueño, retorcerá en un vuelo vano sus costados preñados de sollozos.

A veces, una galera de quilla negra y jarcias fúnebres exaltarán, por la noche, sobre su popa empavesada y entre el llanto de los tambores y de las voces, el simulacro de oro de un monstruo de las tinieblas.

Luego, largando su vela al viento de la mala fortuna y sacudiendo las lontananzas

con el eco de sus remos siguiendo un ritmo bárbaro y grave de epitalamios, zarpará cargada de niños muertos hacia la Ciudad de amor y de alto espanto cuyo nombre solo se dice con sacramentos, por el miedo a fallecer en los momentos impuros en que su deseo de infierno asedió el alma ferviente; la Ciudad que, allá con sus estandartes de luto, sus bastiones de basalto y sus morgues, engañará con sus voces de tiorbas y órganos los cansados pasos de los Condenados y sus miradas extraviadas.

Y cuando lleguen los días pesados de la canícula, los volcanes, estallando en leonadas florescencias, harán aullar de horror, a ras de horizonte, Sodoma, la Ciudad Roja del crepúsculo.

IULIU CEZAR SĂVESCU

La caída de Sodoma

Sodoma y Gomorra han tenido que perecer. Con las manos alzadas al cielo, con la voz sosegada, se han parado a menudo los profetas a su puerta, tras haber venido para implorar que escaparan de la muerte.

El desenfreno había sorbido incluso la médula de los huesos, el vigor había desaparecido de los músculos atléticos, el varón se había vuelto una mujer corrompida y la mujer, un esqueleto.

Los valientes habían olvidado su soberbia bravura, las doncellas pisoteaban su virtud en orgías y las formas se entregaban a cualquier boca y las bocas se mordían al azar entre ellas mismas.

En los palacios augustos con cientos de cintas, en la cabaña de los pastores, en el soto fresco, incluso en los templos ancestrales con sus largas y frías columnas se podían oír suspiros voluptuosos.

Entonces quedó escondido el cielo entero bajo alas negras. El misterio, el misterio y la oscuridad cubrieron toda la ciudad. En el horizonte, Babel parecía un gigante.

Y sombras diáfanas, estatuas aladas, hendiendo con su vuelo la atmósfera, pasaban de un lugar a otro y, agitando sin parar antorchas ardientes, surcaban la oscuridad con gotas de fuego.

Se diría una niebla de sueños infernales que flotase sobre el cráneo de algún asesino que solo ve espectros flotando en su camino, en la húmeda celda de la vida de forzado.

Fantasías de la Roma eterna: dos poemas narrativos heterocrónicos

La expresión *Roma aeterna* sugiere en sí misma una relación estrecha desde la Atigüedad entre esa ciudad y el tiempo. Más allá de sus vicisitudes como centro de un Estado imperial que resultó históricamente finito, Roma era el centro y símbolo a la vez de una civilización que muchos han mirado durante siglos como digna de emulación permanente, hasta el punto de justificar así la creencia en la eternidad de la *urbs* por excelencia. Así ocurrió a lo largo de la Edad Media, cuando el recuerdo y la nostalgia del imperio romano quedaron ligados, por ejemplo, en la obra política y literaria de Dante Alighieri. Aunque el ascenso de las monarquías absolutas y, a continuación, de las naciones liberales que las sustituyeron en gran parte de Europa hizo olvidar un modelo romano que todavía era operativo, al menos como ideal, en los imperios medievales supuestamente sucesores de Roma, esta pudo cobrar nueva vida al adaptarse su idea a los criterios etnicistas que sostenían con gran frecuencia la construcción decimonónica de la nación como comunidad cultural y soporte ideológico del Estado. Tales comunidades culturales se definían entonces en Europa principalmente según el criterio de las lenguas propias, entendiendo por tales las variantes lingüísticas regionales que hubieran tenido tradicionalmente un mayor prestigio como vehículo de una literatura más o menos rica, incluso sin el apoyo directo de un aparato estatal independiente.

Entre aquellas originarias del latín, dos se habían encontrado expuestas a la presión de otras que no pertenecían a la misma familia lingüística. Se trata en concreto del rumano y del romanche, lenguas a su vez divididas en diversas variedades regionales que no impidieron la consolidación moderna de dos de ellas como cultural y literariamente centrales, a saber: la rumana propiamente dicha, basada en el dialecto del antiguo País Rumano (*Țara Românească*, nombre autóctono del principado medieval correspondiente, más conocido en España como Valaquia) en torno a Bucarest, y la surselvana, (o suprasilvana), basada en el dialecto de la región de Surselva en torno a Glion (Ilanz en alemán). Por supuesto, las dos grandes áreas lingüísticas románicas (la dacorrománica y la retorrománica, respectivamente) abarcan también *Kulturdialekte* con una literatura propia muy estimable, tales como el arrumano de los válacos (*vlahi*) de los Balcanes meridionales y el ladino de Engadina.

Tanto el rumano como el romanche, en todas sus variedades, se vieron desde muy pronto ante el peligro de desaparecer por absorción lingüística de sus hablantes latinos debido a la pujanza de los pueblos llamados bárbaros, que se asentaron en tierras que antes habían pertenecido al imperio romano. En el caso de la Dacia, fueron sobre todos los eslavos quienes representaron la mayor amenaza lingüística para los hablantes de (proto)rumano, tal y como indica el inmenso

número de eslavismos, incluso morfológicos, que esmaltan esa lengua hasta nuestros días. Sin embargo, las hablas dacorrománicas no solo consiguieron sobrevivir, sino que incluso se extendieron a territorios que nunca habían sido romanos, lo que constituye un fenómeno excepcional de expansión neolatina en Europa. Esta pujanza lingüística no siempre estuvo acompañada de una pujanza cultural similar. El eslavón fue la lengua de la iglesia ortodoxa y de los principados rumanos hasta el siglo XVII. El rumano de Bucarest fue expandiendo su uso a partir de entonces, aunque no se consolidó por completo hasta el siglo XIX, coincidiendo con la afirmación del Estado rumano moderno frente a los imperios vecinos ruso y austrohúngaro, que trataban de imponer a sus súbditos de lengua rumana el ruso y el húngaro, respectivamente, incluso cuando Rumanía ya existía como país independiente. En el caso de la Raetia, fueron los germanos y sus hablas (sobre todo, los dialectos alemánicos y tirolese) la amenaza mayor contra la pervivencia del retorrománico, que no ha dejado de retroceder en cuanto a los territorios en que se emplea hasta nuestros días, pese al apoyo moderno que recibe de las instituciones confederales suizas y de las de los Grisones, el cantón donde goza de mayor reconocimiento.

A diferencia del catalán, lengua central del grupo galorrománico meridional, la afirmación cultural del rumano y del romanche (entendiendo por tal aquí el surselvano en primer lugar) no se producía, pues, en un contexto exclusivamente latino. Al contrario, el mismo nombre étnico de los hablantes de tales lenguas indica claramente que todos ellos se consideraban en primer lugar *romanos*, para diferenciarse de sus vecinos lingüística y culturalmente amenazantes, que no lo eran. Tal romanidad asumida naturalmente se convirtió en motivo de orgullo nacional tan pronto como el etnonacionalismo se hizo fuerte en el siglo

XIX. Años más tarde, la creciente popularidad del indigenismo localista hizo que tanto rumanos como romanches insistieran más bien en sus lejanísimos ancestros prerromanos, los dacios y los réticos, pero al principio fue la idea de la pervivencia de la romanidad lingüística la que favoreció la definición de rumanos y romanches modernos como miembros actuales de una civilización de altísimo prestigio, cosa que naturalmente no podían hacer eslavos, húngaros o germanos. Esta identificación, muy ligada al mito de la eternidad de Roma, se plasmó en diversas manifestaciones literarias, entre las cuales presentan gran originalidad aquellas que explotan aquella identificación por encima del propio curso histórico al hacer coincidir, sin soluciones de continuidad, la época romana antigua y la época moderna de rumanos y romanches. Esta coincidencia no se explica de ningún modo, ni mediante viajes en el tiempo (gracias a máquinas a la manera ficción científica o mediante transferencias mentales), ni tampoco mediante rememoraciones de supuestas vidas anteriores, que son los dos procedimientos preferidos en la modernidad para hacer convivir épocas históricas diversas, con sus cronologías respectivas, en el seno de una sola ficción. Simplemente, se hacen coincidir e interrelacionarse, al menos a través de algún elemento, humano o no, que las liga de manera significativa. Este procedimiento ficcional, que llamamos *heterocrónico* siguiendo las teorías de Brenda Dunn-Lardeau, se ha cultivado sobre todo en las últimas décadas, en un momento en que la propia historia se ha visto erosionada por un *presentismo* que ignora o desdén la conveniencia de intentar comprender cada época y a sus personas desde su propia perspectiva, o bien que ve en la historia un repertorio de atractivos temporalmente exóticos que se pueden combinar anacrónicamente con fines lúdicos, tal como hace, por ejemplo, Álvaro

Cunqueiro (1911-1981) en *Las mocedades de Ulises* (1960). Sin embargo, la heterocronía ya se cultivaba, con otros propósitos como el nacionalista antes mencionado, en textos muy anteriores como «Sentinela romană» [*El centinela romano*] (1855; recogido en el libro *Mărgăritarele* [Las cuentas de collar] en 1863), que es un breve poema del gran escritor rumano Vasile Alecsandri (1821-1890)¹.

En él se presenta la visión que un narrador del presente en las cumbres de los Cárpatos habría tenido de un soldado de la antigua Roma que habría sido destinado allí como centinela para velar por los destinos de la Dacia conquistada y latinizada por Trajano. Este soldado, cuya descripción insiste en su apariencia y hazañas divinas, la defenderá sin cesar y sin cambiar gracias a su inmortalidad. Así lo hace, de hecho, hasta acabar con las oleadas de bárbaros que se sucedieron en Dacia tras el abandono de la provincia y obtiene la victoria tras una lucha que el poeta describe con gran vigor épico. Por desgracia, se oye luego un grito en el mundo que lo informa de que Roma y su imperio han dejado de existir. El soldado deja las armas y se dirige a las montañas mientras cae la noche y se desvanece la visión. Todo parece ser, pues, un sueño alegórico de la historia temprana de Rumanía, aunque su interpretación puede ampliarse hasta indicar un contraste entre el luminoso heroísmo antiguo y la oscuridad presente. En la fecha del poema, la revolución de 1848 había sido reprimida también en los dos principados danubianos de Valaquia y Moldavia, ambos vasallos del imperio turco, por no hablar de las regiones rusas y húngaras pobladas mayoritariamente por hablantes de

rumano. En ese momento de retroceso impuesto del movimiento encaminado a englobar a los rumanos en su propio Estado-nación independiente, parecía que el heroísmo de la resistencia étnica y cultural romana/rumana en aquella región, cuyo espinazo eran los Cárpatos, no bastaría para garantizar la emancipación nacional soñada por el autor. Es más, diríase que la romanidad lingüística misma de los rumanos, a quienes se identifica completamente con los romanos antiguos², acabaría por retirarse ante la (re)presión de los imperios bárbaros que asediaban su espacio, unos bárbaros que se identifican significativamente con sus idiomas: el centinela romano se defiende también contra las lenguas que amenazan con sumergir el latín, evolucionado hasta el rumano, en el espacio carpático-danubiano. La historia acabaría desmintiendo ese pesimismo. El propio Alecsandri sería uno de los artífices de la Rumanía moderna como nación y como Estado, de modo que su poema perdió pertinencia política. Lo que no perdió es pertinencia literaria. La inspiración poética de Alecsandri, quizá el mayor escritor romántico rumano, brilla, por ejemplo, en las imágenes de un paisaje teñido de una subjetividad que prelude procedimientos descriptivos simbolistas, a la vez que acentúa la atmósfera fantástica propia de un fenómeno extraño y extraordinario como lo es la persistencia a lo largo de los siglos del centinela romano y de su misión. Es algo que cabe comparar con la propia pervivencia de la latinidad lingüística en una región que muy pronto dejó de pertenecer al imperio rumano y que sufrió innumerables invasiones alóctonas. Dar idea de tal carácter extraordinario parece

¹ El texto de la traducción se basa en el de la edición crítica siguiente: Vasile Alecsandri, «Sentinela romană», *Opere. I. Poezii*, studiu introductiv, note și comentarii de G. C. Nicolescu, București, Editura Academiei Republicii Populare Române, 1965, pp. 409-422.

² Las palabras *roman/român* esto es, romano/rumano alternan en el original sin que existan distinción de significado. Para Alecsandri, los rumanos son romanos.

ser la misión que se fijó Alecsandri y que llevó a cabo con eficacia y belleza en este poema.

Un propósito similar se distingue en otro poema narrativo posterior, también heterocrónico, del otro pueblo latino europeo expuesto a la asimilación etnolingüística y la desaparición cultural ante la presión demográfica y social de la población no latina, que es mayoritaria en la región política a la que aquel pertenece. Incluso en un contexto suizo de respeto exquisito de la diversidad cultural, los romanches no dejan de ser una minoría culturalmente potente, pero no por ello menos subordinada en el territorio en que lleva asentada desde la romanización. Esta situación culturalmente subalterna lo era aún más que hoy en la época en que el romanche no contaba con apenas reconocimiento institucional, pero en la que existía una clara conciencia étnica y un deseo de sentar las bases culturales de la nación romanche mediante la normalización de su lengua y literatura. Este proceso, que se produjo sobre todo en Surselva, constituye lo que se llama la *Renaschientscha* o renacimiento, y que guarda no pocas similitudes con la *Renaixença* catalana. La romanidad fue en ese período un motivo de definición nacional muy importante, tal y como indica el poema épico *Ils retorromans* [Los retorromanos] (1900), de Flurin Camathias (1871-1946). También lo indica, y de forma más original que en ese poema histórico, el breve poema heterocrónico titulado «La puorpra romana» [*La púrpura romana*] (1915), de Sep Mudest Nay (1892-1945)³. Su estilo es parnasiano, sobre todo en la bella descripción del bosque y de sus animales asustados al paso de un cortejo de antiguos cazadores romanos en los Apeninos. Sin embargo, la objetividad parnasiana deja paso pronto a un claro simbolismo o, si se

prefiere, a la alegoría. Ese cortejo va precedido de una figura que se identifica con la de Roma conquistadora, cuya capa ondea al viento. De pronto, se produce el fenómeno fantástico, subrayado por el asombro de los miembros de la comitiva que lo presencian. La capa de púrpura, el color simbólico del poder en la Antigüedad romana, parece echar a volar y desaparecer en el cielo, en vez de caer por la fuerza de la gravedad. La explicación llega más adelante, cuando la heterocronía se hace presente al indicarse que la capa ha alcanzado los Alpes y allí ha sido descubierta por unos pastores. La capa no es sino una metáfora de la propia lengua romanche en los Grisonos, considerada así la principal herencia de Roma. Su púrpura pervive milagrosamente en las montañas como lo había hecho el centinela romano en el poema de Alecsandri. Sin embargo, el paralelismo heterocrónico entre los dos poemas, ambos deudores del concepto de Roma eterna, disimula una diferencia fundamental, que se corresponde a las muy distintas situaciones en que se encontraban ambas naciones. Mientras que el autor rumano insiste en la dimensión militar, que apunta a un contexto geopolítico, el romanche confía la romanidad a los campesinos y pastores que hablaban su querida lengua, en un ambiente idílico y apolítico. Alecsandri actúa de portavoz de una nación en busca de su Estado, incluso mediante las armas. Nay reduce la nacionalidad a la lengua y prescinde de todo ánimo bélico y polémico en su exaltación, que se queda en lo cultural. Tal vez no se podía hacer otra cosa a la vista de la pequeñez demográfica de la comunidad lingüística romanche, de la que Nay fue uno de los grandes promotores, hasta el punto de ser uno de los responsables políticos que llevaron a buen puerto el reconocimiento de su lengua en toda Suiza como nacional del

³ La traducción sigue el texto siguiente: Sep Mudest Nay, «La puorpra romana», *regurdientschas da Gieri Vincenz, Prosa e poesia*, Glion, Nies Tschespet, 1947, pp. 136-137.

país entero, lo que a su vez facilitó su envidiable estatuto actual en comparación con lenguas europeas igualmente superminoritarias como el frisón o el sorabo. Sin embargo, estas cuestiones son ajenas a la literatura y a la ficción especulativa, que es lo que aquí nos interesa. Desde este punto

de vista, ambos poemas son buenas indicaciones de que la heterocronía no solo puede servir a un programa nacional determinado, sino que también puede hacerlo sin descuidar la propia belleza estilística y la fluidez narrativa que cabe esperar de un poema narrativo que se precie.

VASILE ALECSANDRI

El centinela romano

Poema histórico

El romano no perece.

I

Desde la cima de los Cárpatos, desde la espesura de los abetos, he posado los ojos como dos águilas ágiles sobre ese valle hondo y cubierto de flores que se extiende cual niebla hasta el grandioso Danubio y de allí en la distancia hasta el Nistro, hasta el mar. Y en el amargo desierto, ¿qué encontró mi mirada? Encontró un valiente soldado con pinta de romano, magnífico, fuerte como un león y hermoso de rostro como un dios. Tenía en tensión el brazo izquierdo tras un escudo de hierro labrado que resplandecía como el sol y sobre el que se distinguía una loba argéntea que parecía estar viva y, bajo la fiera, dos niños, que parecían estar vivos también. Su mano derecha sostenía una espada y en su cabeza llevaba con orgullo un casco de oro brillante, como un dios inmortal.

El valiente montaba un caballo blanco inmóvil que, como él, permanecía inmóvil mirando hacia el este. Solo movía los ojos, que recorrían como los de un águila aquel horizonte ceniciento, largo, silencioso y desierto, donde se oían de vez en cuando, como en un sueño que pasa, un mugido sordo, murmullos horribles procedentes del norte, un largo ruido sofocado que venía del este.

La hierba no se agitaba, las hojas no se mecían. Volaban las aves a las montañas, temblaban las fieras en los bosques, la bestia del bosque tembló, porque el mundo aterrorizado, sumido en el asombro, lo recorrían escalofríos de muerte, presentimientos de un destino adverso. Y se veía en el cielo una gran águila, volando en círculos; se la veía flotando magnífica y, en su ronda triunfal, clavaba su mirada grandiosa en el bravo jinete.

—¿Quién eres tú? ¿De dónde eres? ¿Qué te trae errante entre nosotros?

—¡Soy romano y soldado de Trajano, el emperador! Mi anciana madre Roma me ha puesto esta arma en la mano, diciéndome con su propia voz:

»—¡Hijo y elegido mío, tú, el más fuerte en bravura de todos mis niños, ve a Dacia, apresúrate, dispersa a los bárbaros y luego vigila eternamente, muy valiente centinela, y guarda las fronteras, que se oyen a los lejos pisadas enemigas resonando, voces bárbaras amenazantes...

»¡Llegué y vencí! Acabé con todos los bárbaros y ahora en sus orillas, dueño y señor, espero las hordas tremendas, espero las lenguas enemigas que vienen del este como un diluvio infinito para cubrir y ahogar toda la tierra por donde pasan.

—Oh, bravo desgraciado, perecerás aquí en los campos.

—¿Yo perecer, yo...? ¡Nunca! Aunque vengan gentes ceñudas, aunque vengan mares de fuego... No me voy a mover del sitio. Se secará todo lo que es verde, se secarán los ríos y el desierto se extenderá cada vez más a mi alrededor, pero yo lucharé eternamente en pie entre las olas ardientes; voy a luchar con vigor sin que me alcance la muerte, porque soy rumano de verdad, ¡y *el rumano nunca perece!*

II

El agua pasa, las piedras permanecen.

Apenas ha dicho esto y de repente una flecha destella en el cielo, silba, llega, golpea el escudo, que resuena y la rechaza, la arroja al suelo como si fuese una serpiente venenosa. Tras ella en la distancia, allá al fondo, al fondo del horizonte, se levanta una nube negra llena de ruido atronador que sigue llegando, que sigue creciendo y que se extiende por los campos hasta donde se vislumbra el horizonte entre el norte y el este.

—Centinela, vigila, la nube cruel avanza. Centinela, ¡muéstrate, se rasga la cruel nube...! ¡Mira, mira las hordas tremendas, miras las lenguas enemigas de gépidos y búlgaros, de lombardos y de ávaros! ¡Vienen también los hunos, vienen los godos, vienen, todos vienen a mares en caballos veloces como las golondrinas, sin riendas, sin sillas de montar, caballos que corren como el viento, que hacen temblar la tierra! ¡Muchos son, como la arena del mar, muchos, como las garras del remordimiento en un alma pecadora, en una mente sanguinaria! Sal, rumano, a matar; sé un rayo vengador, hazte un Danubio furioso, haz que tu destino sea implacable, porque ahí viene el diluvio y ¡lástima, lástima de ti!

—¡Venga...!

Como una roca que salta de la cima de una montaña, retumba, rueda, cae, rompe y aplasta

los bosques en su camino hasta el fondo, hasta el fondo abajo, así mi fiero soldado lanza su caballo sobre los bosques móviles de bárbaros invasores. ¡Los hace pedazos y los remata, los siega como gavillas, y los arrolla, y los rechaza, y los ahuyenta, y los vence! Su caballo se enfurece, muerde, salta relinchando con ardor, aplasta cuerpos bajo sus patas, hace pedazos las armas sonantes y trabajosamente nada en sangre y no cesa de embutirse en la multitud.

¡Cruel guerra! ¡Vista cruel! El hijo de Roma frunce el ceño... ¡Salen rayos de sus ojos! Los choques de las armas lanzan miles de chispas y brillantes tintineos. Vuelan las hachas lanzadas, zumban los arcos tendidos y las ligeras flechas cubren el hermoso sol. Los caballos saltan y relinchan, la lucha ruge, se encarniza, y los bárbaros todos son presa a montones de la muerte cruel. Diez caen, mueren cien, centenares vienen a ocupar su sitio. Millares enteros se desbandan y otros miles llegan en su lugar, pero el bravo se abre camino con su espada entre la masa y penetra entre las flechas, que es un rumano con siete vidas. En vano se enfurece la hidra, se tensa su cuerpo terrible, gime, aúlla y rechina y se enrosca alrededor. El hijo de Roma se enardece, abraza la hidra y la ahoga y la hace pedazos, y la vence y la derriba... Huyen los gépidos, huyen los búlgaros, y los lombardos y los ávaros; huyen también los hunos, huyen los godos, huyen en tropel, todos en tropel y se marchan, se marchan como el viento, atronando el mundo entero con sus aullidos bárbaros, con sus amargas quejas...

III

Roma, Roma ya no existe.

¿Dónde están las hordas terribles? ¿Dónde están las lenguas enemigas? Han perecido, se han desvanecido de la vista, como en las mañanas de otoño se derriten, se desvanecen

al sol las nieblas venenosas. ¡Con qué ventisca de furor invadieron Rumanía! ¡Qué furiosos llegaron como dragones ceñudos, con un quijar en el cielo santo y el otro en la tierra! Pero se han marchado a su horrible desierto como no habían venido, dejando atrás el campo de batalla de la matanza. Ancho es el campo de ese combate, ancho y lleno de armas rotas, de cuerpos despedazados que yacen tendidos en montones, lleno de sangre que lo mancha y que hierve en el aire. ¿Dónde están tantas vidas, dónde los ojos audaces? La muerte fría se ha apoderado de ellas, en un instante las ha extinguido, y sobre el campo de muerte, cruel morada de destino nefasto, se ha hecho ahora, de pronto, un silencio pavoroso. Solo se oye de vez en cuando una voz quejumbrosa, un lamento lúgubre, el suspiro de un moribundo o el relincho doloroso de un caballo tumbado patas arriba que llama sin cesar a su amo caído debajo.

El sol cambia de sitio y se pone rojo como el fuego, cubriendo la llanura de un tinte púrpura como un sudario ensangrentado sobre una tumba triste y larga. Y en lo alto del cielo, sobre la tumba, chilla el águila con orgullo y en su giro triunfal corona con su vuelo al valiente vencedor.

¡Larga vida al soldado romano, pilar del mundo occidental! Tú con tu pecho paraste

la cruel marea del este, y con tu brazo armado cambiaste el paso del destino. ¿Pero qué digo...?, Un escalofrío sacude las venas del mundo, porque de repente suena por el mundo una voz sin igual, sin nombre, y trae una negra noticia: *Roma, Roma ya no existe...*

Ha hablado la voz, responde un largo retumbo como un trueno y la magnífica águila de Roma cae, lanzando un chillido lastimero. Ha hablado la voz, y con tristeza llorando el destino de su madre, el hijo de la vieja Roma deja caer las armas de las manos, frunce el ceño y, lleno de dolor, llama, pide la muerte.

Y su hermano el caballo, relinchando callandito, abandona el campo de batalla y se dirige despacio a las montañas, llevándose suave e imperceptiblemente a su querido dueño... Se van por un triste camino y a su zaga cae abajo una noche tenebrosa, una noche ciega, aterradora como el fondo de la tierra, como el secreto de la tumba. Y bajo sus negras alas se borra todo en un instante, como se borra con facilidad el ensueño engañoso y también el recuerdo santo de aquellos que ya no existen...

Montes Cárpatos, 1848

SEP MUDEST NAY

La púrpura romana

Surge la aurora; la luz matutina cubre y dora el bosque apenínico. Las copas oscilan, susurran; los manantiales gorgotean, murmuran. Los pájaros despiertan, se elevan cantando en alegres piruetas el medio jubiloso; en lo alto, envuelta en la claridad de la aurora hace el águila gallarda su ronda.

¡Estrépito y trompas de caza a la vez! El bosque replica al cortejo de llamaradas. El ciervo se esconde en lo oscuro, inseguro por la lanza y la flecha; los corzos escapan aprisa, los pájaros se quedan quietos y guardan silencio. Y penetrando con viveza por arbustos y matorrales avanza la caza en la oscura espesura. Sobre magnífica yegua impetuosa se balancea Roma eterna blandiendo su lanza. En el aire flota la roja capa de púrpura romana sobre sus hombros. Como noble vencedora, reina suprema, guía Roma el cortejo de temor, y tras ella avanzan con furor los altivos caballeros y vasallos de la curia.

Ahora se detienen y miran sorprendidos, se asombran, quedan pasmados y miran hacia arriba, y ven elevarse en el aire luminoso un jirón de púrpura romana flotando, arrancada a la magnífica púrpura de la Roma eterna, señora suprema. El trozo de púrpura llevado al firmamento desaparece de la vista en el resplandor solar... Allá abajo, en el bosque, resuenan los cuernos de la caza romana en marcha distante...

Allí donde las ondas del laguito alpino saludan los rayos de la claridad matutina, las cimas doradas brillan en la aurora, el Rin y el Eno, en su fuerza juvenil, mugen desde las alturas y recorren los prados, allí en las cumbres se ha posado el jirón: unos pastores han hallado la púrpura romana. Es el romanche, nuestra querida lengua.

Amores elementales: dos poemas narrativos sobre relaciones eróticas entre varones y hadas

Las hadas protagonizan la ficción maravillosa, que en castellano suele llevar el nombre popular de *cuentos de hadas*. Las hadas de esa ficción desempeñan funciones convencionales, tales como las de conceder dones a los príncipes y princesas recién nacidos, o de sacar de problemas a sus humanos protegidos mediante el poder de su magia. Otras veces, el enfado del hada es el que causa esos mismos problemas, que el héroe o la heroína acaban superando, normalmente gracias al valor y otras cualidades que demuestran a lo largo del cuento. Estos esquemas narrativos repetidos una y otra vez en el contexto de espacios ficcionales imaginarios asimismo fuertemente convencionalizados, incluso en las parodias y escrituras revisionistas de los cuentos de hadas, se distinguen de los de la fantasía épica en la medida en que esta última se caracteriza, al menos idealmente, por la (sub) creación de mundos secundarios fabulosos originales, esto es, inventados por los autores, que se basan en las ciencias humanas (historia, mitología, etnología, etc.) para fundar su propia verosimilitud y consistencia, así como su autonomía. Los mundos convencionales de los cuentos de hadas vienen en principio ya dados, prefabricados por el acervo folclórico y literario. Entre los mundos de la fantasía épica y los de la maravillosa existen, sin embargo, solapamientos.

El principal de ellos es quizá la clase de fantasía fabulosa que podríamos llamar elficológica o feérica, compuesta de aquellas ficciones en que los seres elementales como los gnomos o las hadas no aparecen aislados en sus relaciones con los humanos en el universo convencional de lo maravilloso, sino que se los presenta constituyendo comunidades propias, sociedades con sus propias características ontológicas y su propio funcionamiento, derivado de tales características. Estas sociedades se acercan tanto más a la fantasía épica cuanto más consistentes y autónomas son respecto a la humanidad, sobre todo si los propios seres humanos brillan por su ausencia en ellas, de forma que el mundo primario o fenoménico humano y el secundario feérico son entonces plenamente independientes entre sí, a diferencia de lo que ocurre en los cuentos de hadas convencionales.

Una posibilidad intermedia es que exista una interacción entre un mundo y otro, pero que aquella se limite a la intrusión de algún personaje humano en el espacio feérico o viceversa, sin que ello suponga un entrelazamiento entre ambos mundos, los cuales mantienen su carácter paralelo. Entre los numerosos ejemplos que se podrían aducir a este respecto, destacan dos breves poemas narrativos que presentan sendas comunidades de hadas y sus actitudes opuestas hacia los contactos con los hombres,

y concretamente con los varones con los que las hadas pueden mantener unas relaciones de tipo erótico, que alejan estos poemas de lo maravilloso al uso, a menudo escrito pensando en un público impúber. En cambio, los acercan a la larga tradición que, al menos desde la novela rococó *Le Sylphe* [*El silfo*] (1730), de Claude-Prosper Jolyot de Crébillon (1707-1777), ha explotado literariamente los amores entre espíritus elementales y seres humanos, aunque lo ha solido hacer desde el punto de vista humano y en el mundo primario, en vez de centrarse en la perspectiva y la comunidad de elementales, es decir, en el mundo secundario de estos, tal y como lo hacen los poemas traducidos abajo.

El primero es uno portugués titulado «*Fata Morgana*» [*Fata Morgana*], cuyo autor es Alberto Osório de Castro (1868-1946), quien lo incluyó en su libro *A cinza dos mirtos* [La ceniza de los mirtos] (1906)¹. Aunque el título remite a la clase de espejismo o ilusión óptica que toma su denominación del nombre toscano del hada (*fata*) hermanastra del legendario rey Arturo, no es esta la protagonista de esa narración lírica en verso, sino la reina Mab, un hada del folclore inglés cuyas travesuras describió William Shakespeare (1564-1616) en la tragedia *Romeo and Juliet* [*Romeo y Julieta*] (1597). Sin embargo, Osório de Castro se aleja de ese ilustre modelo al presentar a Mab como una verdadera reina. Si en esa obra de Shakespeare Mab es un ser elemental que aparece y actúa aislado, el poeta portugués moderno hace que sea una verdadera reina. De hecho, parece ser la soberana del mundo de los espíritus elementales femeninos, pues seres tan diferentes como las ondinas, las sílfides y las propias hadas de cualquier medio (mar, bosque, sierra, grutas...) acuden a la fiesta que ofrece Mab en su corte, en un lugar y tiempo

indeterminados, pero de aire legendario y, como no podía ser menos, feérico. La suntuosidad y la belleza de tales seres y de sus atavíos, así como la alegría de sus danzas, aparecen descritas con el brillo de un estilo logradamente preciosista, en el que menudean las imágenes de flores y pedrerías, aunque sin excesos que estorben la propia fluidez narrativa.

Después de las fiestas, vienen las instrucciones u órdenes que confirman el poder de Mab. El uso de verbos en imperativo así lo indica, aunque el discurso de la reina venga diplomáticamente envuelto en exhortaciones de aire lírico. Se trata de confiarles la misión fundamental de confortar al Hombre, aquí con el sentido de varón, para que sus penas lo sean menos gracias a la ilusión, la esperanza y, sobre todo, el amor de la mujer, cuyo cuerpo sería el obsequio de las elementales. Una vez dada a conocer su voluntad, Mab asciende, seguida de la ronda de elementales femeninos, a través de un firmamento esplendoroso, habiendo transfigurado con su presencia el cielo y el mundo, que ahora se perciben como algo dulce y transparente. Ese ascenso y sus consecuencias son tácitamente irreverentes, al poder entenderse como una repetición de la Asunción de la Virgen María, la mujer casta por excelencia, pero en un sentido claramente erótico. El amor de la reina Mab es un amor sexual y corporal. Aunque no sean las hadas y sus compañeras del reino de los elementales quienes se apareen directamente con los varones humanos, la sensualidad amorosa es un don que reciben de aquellas y que les sirve de antídoto contra la tristeza y el sufrimiento. Las hadas de Osório de Castro son, pues, benéficas y, en cualquier caso, el poeta indica sutilmente, a través de la enaltecida visión de la hermosura

¹ La versión castellana se basa en la reedición que sigue: Alberto Osório de Castro, «*Fata Morgana*», *Obra poética*, I, introdução de José Carlos Seabra Pereira, organização de António Osório, Lisboa, Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 2004, pp. 146-148.

de su mundo, que el erotismo es también algo bello y enaltecido.

En cambio, el comportamiento de las hadas como comunidad dista de ser tan favorable a los intereses sexuales masculinos en un poema catalán algo posterior, titulado «Fada Doralissa» [*Hada Doralisa*], que forma parte de la serie de miniepopéyas épico-líricas que componen el *Poema del bosc* [Poema del bosque] (1910), de Alexandre de Riquer². Ahí también nos hallamos en un espacio feérico poblado por hadas y ondinas que parecen formar una comunidad única, tal y como se desprende de la extensa y retóricamente riquísima descripción de Doralissa, el hada protagonista, cuya belleza es tal, mientras canta al pie de una fuente, que las propias ondinas, unos seres elementales normalmente ariscos y peligrosos, se dedican a peinarla admiradas en medio de un bosque, en la hora bellamente vaga del crepúsculo. El canto del hada no es sino una respuesta al que escucha, entonado por un ministril humano y cuya artística belleza es tal que el impulso erótico que lo inspira se contagia a la naturaleza, a los árboles y al bosque mismo. El hada no puede impedir quedar cautivada y une su canto divino al humano del poeta, multiplicando así su éxtasis sensual y la propia transfiguración amorosa de la naturaleza entera. Finalmente, se produce la fusión sexual entre ambos amores, cuya consecuencia inevitable es que el hada muere. La consumación del amor entre el hada y el varón se afirma, pues, como imposible, como si el contacto estrecho con el cuerpo varonil fuera incompatible con la esencia del hada como espíritu elemental. Las hadas y ondinas de su comunidad no pueden hacer otra cosa sino llorar su muerte y rendirle homenaje en forma de una estatua que la representa como si fuera el dios Amor. En su descripción, Riquer echa el resto

de su potencia retórica, que no es precisamente menor, consiguiendo así que la belleza del lenguaje dé una idea de la propia hermosura del hada, así como de su monumento.

Mientras tanto, el poeta que la ha poseído sigue fuera del mundo de los elementales, prosiguiendo su canto como una tentación permanente que ataca la integridad del mundo feérico, hasta que las hadas acaban violentamente con la tentación y cierran otra vez su mundo amenazado por el arte y el amor de los varones de nuestra raza humana. A diferencia de lo que ocurre en *Liliana* (*Liliana*, 1907), de Apel·les Mestres, que es el gran poema catalán y románico moderno sobre una sociedad de espíritus elementales, los hombres no representan un peligro existencial para aquellos por su violencia, sino paradójicamente por su capacidad de seducción, especialmente la que entraña su arte. Las hadas son belleza, y la aprecian y la crean, pero la poesía humana parece ser el vehículo con el que la belleza transporta el engaño y la muerte al mundo castamente ideal de las hadas. El mensaje sugerido por el poema de Riquer no podría ser, pues, más opuesto al declarado por el de Osório de Castro. En este, la sensualidad es compatible con el género de hermosura de las hadas y sus otras compañeras elementales. En el de Riquer, la sensualidad las mata. Uno es muy libre de pensar que una cosa es mejor que la otra, según uno aprecie el libre placer del sexo o no, pero es de esperar que los lectores sabrán apreciar en cualquier caso todo lo que une a ambos poemas desde el punto de vista del dominio de la estética elegida por parte de sus autores y lo atractivo de su escritura, pese a las diferencias a este respecto. El portugués opta por un discurso más cercano al de la lírica, mientras que el catalán presta más atención a los efectos narrativos, entre los que destaca el

² La traducción se basa en la reedición siguiente: Alexandre de Riquer, «Fada Doralissa», *Poema del bosc*, edición i introducció a cura de Roger Miret, Martorell, Adesiara, 2020, pp. 113-118.

del final del poema. Este final lo orienta incluso hacia lo fantástico propiamente dicho, ya que el grito del poeta determina el destino de la estatua del hada que tanto lo amó en vida y que parece haber seguido amándolo también siendo ella estatua. El estallido de la piedra esculpida hace pensar un vínculo misterioso e inexplicable

incluso en el propio mundo secundario de las hadas, y cierra de manera sugestiva y bastante original³ esta excelente muestra del talento literario de Alexandre de Riquer.

³ Hay muchas historias de estatuas animadas por el amor (sexual), desde el mito griego de Pigmalión hasta «La Vénus d'Ille» [*La Venus de Ille*] (1837), de Prosper Mérimée (1803-1870), pero no parece haber demasiadas que ligen estrechamente el destino de una estatua al de su modelo en el momento de la muerte. Entre ellas, merecería ser más conocido el relato «Irma» (1881), de Eugenio de Olavarría y Huarte (1853-1933).

ALBERTO OSÓRIO DE CASTRO

Fata Morgana

A Fialho de Almeida

Nel plenilunio pio di calendimaggio.
Gabriele D'Annunzio, *Intermezzo*

Mab, la reina hada de color de jade, ofrece un besamanos a su corte en fiesta. Vienen hadas de los montes, del bosque; vienen de las grutas de oro y claridad.

En el claro de luna centellea el lago de los caladios, panoplia que refulge toda de espadas.

En el claro de las perlas, a la luz de la luna, bailan en corro las sílfides y las ondinas. Son de esmeraldas las hadas del mar, con pañuelos de espuma y trémulos reflejos.

Bailan las hermanas, y también las hermosas damas; bailan, bailan, bailan en un claro de luz; bailan, bailan, bailan las centellas, las llamas, finas lenguas de fuego, en el claro liral.

Llamas de ametista, llamas de berilo, gira el corro en fuego, todo pedrería... Bajo la brillante tela argéntea del tranquilo claro de luna ríen, ríen, ríen, locas de júbilo.

En el claro de luna centellea el lago de los caladios, panoplia que refulge toda de espadas.

Y se desatan adorables risas de mujer, como si se partiera un regio hilo de perlas. Entonces la reina Mab, con su reír tan lindo, dulce flor de los labios escarlata, dice:

—¡Hadas, sois la Ilusión! ¡Vosotras, ondinas, el Amor! ¡Vosotras, la esperanza tenaz, sílfides, del corazón! Id a la casa del Varón y, allí donde lo viereis sufriendo, dejad el Amor, la Ilusión o la Esperanza.

»Y donde era negra la noche, vendrán las estrellas a dorar la oscuridad, tendrán más perfume las flores, serán más hermosas, hadas, por vuestra mano. Con el vino de luz de los pámpanos celestes, dadle la rósea embriaguez profunda de la Ilusión.

«Y vosotras, Ondinas, cuando el Varón se desespere, cuando sienta pesar más honda la soledad y los silencios agrestes, dadle el hechizo y la luz de los ojos de la mujer.

»Oh, sílfides, prended al sol su corazón.

»Como varita mágica os doy mi belleza, la boca en flor, las curvas de ánfora, la sonrisa, todos los matices de la humana mirada, toda la esbeltez del cuerpo de la Mujer, fruto del Paraíso».

Y Mab ascendía, ascendía despacio, desnuda, divinamente desnuda como el claro de luna.

En el claro de luna centellea el lago de los caladios, panoplia que refulge toda de espadas. Y se abren los lirios lánguidos y las rosas, y detrás de Mab asciende la farándula en el plenilunio. Gira y sube y desenrolla una lenta espiral... Abiertas, luminosas alas, extrañamente... La ascensión llena el claro de luna de una erupción de plata, una lava lunar de perlas, de luz de nácar, de un ópalo de glaucas profundidades submarinas...

Pero tiembla la leve luz del cielo, en un sobresalto, y el corro asciende, asciende. Y cada flor exhala más fuerte su amor, su deseo de amar...

Y la risa de Mab sube tan alta, tan alta que apenas es la luz de la estrella de la mañana en la cima de las colinas.

Queda más transparente y profundo el silencio. Súbitamente, el cielo es dulce, entreabierta granada en el árbol del mundo...

Es un broquel de oro el lago de los caladios, panoplia que refulge toda de espadas.

Goa, junio de 1905

ALEXANDRE DE RIQUER

Hada Doralisa

Era la hora en que los bosques quedan suavemente velados, era la hora indecisa de los dorados celajes, de las luces nubosas, de las flores cerradas, hora quieta y serena en que la alta luz del cielo acaricia la tierra y es la última ofrenda de un rayo de sol poniente en la muerte de un hermoso día.

Al pie de la fuente que ensancha un bello abrigadero, la hermosa Doralisa cantaba con voz enternecida y el contorno desnudo de su lindo cuerpo brillaba entre las flores estallando de vida.

Debajo de las ramas tiernas, la ondina, mientras alisa con un peine de oro, marfil y pedrería los bucles del hada, los besa, separando la guedeja ondulante que el aire acaricia.

Suave como la gavanza, la amorosa Doralisa, cuya fina figura armónica se curva con nobleza, tiene transparencias azules por entre la piel rosa; es como un pimpollo cerrado que se abre sonriente.

Sonríe a una voz firme y lejana, que se acerca y es como un canto de amor perdido en el infinito que expresa la nostalgia en los anocheceres mortecinos o la loca esperanza de un sueño indefinido.

Por los bosques de las hadas y las lagunas de las ondinas pasaba melodiosa, armónica y suave, acompañando los sonidos de argentinas cuerdas que extraen las notas de cristal de una lira.

Es una canción vaga que expresa lo que anhela sinceramente un poeta altivo y de corazón noble, el canto que un ministril eleva al terminar la jornada; es una balada de amor plena de poesía.

¡Oh, áurea molécula que, al pasar entre el follaje, besa en éxtasis la forma de un hada triunfante, portentosa como una diosa antigua que dobla flores y césped con el peso de su belleza soñadora y lánguida! ¡Oh, vibración discreta de un canto alibatiante, de un gran deseo de vida que se funde con el claror de las estrellas, que asciende con lentitud!

Los árboles resonantes, cautivados y amantes, besados por el canto, sentían fruición; se mecían las flores que los duendes impacientes rondaban con canciones de insectos rumorosos, y la blanca Doralisa, sintiéndose amar, juntaba a todos los cánticos su bella voz, al tiempo que se enlazaban el poeta y el hada como aliento perfumado de clavel y rosa.

En el azul profundo del cielo brillaba la primera estrella; el ruisenior parecía agonizar en la sombra; las voces enternecidas subían derechas al cielo y los lirios, escuchándolas, chorreaban miel.

Un vértigo delicioso de espasmo de los sentidos abstraía y seducía al poeta con el amplísimo abrazo de una forma inmortal; de una muerte ideal se moría Doralisa.

Cuando la abeja absorbe la miel de la corola, la brisa más sutil deshoja el capullo, lo eleva por los espacios adonde vuela deshecho, y así muere la amapola como debe morir el hada que, tentada, ha caído.

Por eso se lamentaban las ninfas y las ondinas del bosque, llorando quedamente a la hermosa Doralisa y, torciéndose los brazos,

plañían y lloraban aquella flor abierta que besa con amor la luna emocionada.

El hermoso cabello finísimo cubre con sus onduladas cintas la vena azul que surca el pecho rosa, separa los dorados bucles que caen como cascadas con un arte exquisito y la inmortal forma del hada ideal se anuncia pura como himno que consagra la Naturaleza a la Belleza. Estalla irradiante de todo el amor ferviente que, al reunirlo con lirios, sentía el Artista todopoderoso, sin disfraz de tela vanidosa, creación insigne, serenamente bella. Y, cuando fueron a recogerla sus hermanas, las hadas, como un hermoso ramo todo pálido y marchito de flores del bosque, para llevar su cuerpo bajo la nave florida donde la Primavera tiene un trono eterno de vida bajo guirnaldas rosa de flores de verdadero rosal, la reina Morganda, con los ojos arrasados de lágrimas, transformó con su mágico poder el cuerpo en alabastro puro, rosado y transparente, con finezas florales, dándole el gesto sonriente de un Amor.

Entre el verde destacaba resplandeciente el hada sobre un pedestal de pórfido con venas de oro; metamorfoseada en obra de arte insigne y bueno, parecía escuchar, a lo lejos, un canto de amor procedente de aquel lugar donde ella, Doralisa, delirante y abstraída en un sueño luminoso, había acariciado en la sombra perdidiza aquel amplio abrazo de loco o de poeta.

Las hadas entristecidas, formando rítmico corro suave y flexible alrededor de la hermana,

con la cabeza caída hacia atrás y la mirada ardiente, festejaron la estatua con cantos de añoranza, y el bello cuerpo de alabastro, de espléndida blancura, se erigía como una joya en su peana de oro.

Pasó el claror que forma el sol naciente, pasaron los mediodías, la púrpura del ocaso, el azul frío de la luna serena y mortecina, y el tiempo no conmovió aquella sonrisa de vida que escucha día y noche, cautivada, el rumor de un canto bien conocido que habla de amor. Y, por más que pasaba el tiempo de las nidadas, el tiempo en que las flores se cierran poco a poco, el tiempo en que las crisálidas estallan desveladas y la hora en que la tierra siente un beso de fuego que envía el sol de estío creando gérmenes fecundos, nunca se apagaron los cantos enamorados con que el ministril glosaba una hora de ilusión, un breve momento de éxtasis y besos añorados, hasta el día en que, para no oír sus canciones, las hadas extinguieron con manos rencorosas al poeta, que acabó en la sombra de aquellos lugares encantados lanzando un grito de angustia que alcanzó las praderas. Y el hada Doralisa, posada como un Amor, al oír la voz que exhalaba la esencia de una vida, avivó locamente el fuego de los ojos, tembló entera mirando aterrada y el cuerpo alabastrino, tan frío y tan helado, cayó conmocionado hecho añicos.

Noviembre de 1901

Informes selenitas: dos ficciones sobre los habitantes de la Luna

La Luna ha inspirado no solo a incontables poetas de todo el mundo, sino también a los escritores de ficción especulativa. Uno de sus pioneros, Luciano de Samósata (circa 120-180) imaginó en su *Ἀληθῆ διηγήματα* [*Historia verdadera*] el primer viaje imaginario a la Luna, un viaje que le permitió fantasear sobre sus fabulosos habitantes, muy distintos a los seres humanos de la Tierra tanto en costumbres como en aspecto. Así supo concebir especies y civilizaciones imaginarias por completo, pero que no eran fabulosas ni fantásticas, en la medida en que los selenitas descritos son fruto de una especulación racional ya de carácter fictocientífico, pese a la primacía del registro satírico adoptado por el autor. Su ejemplo no quedó sin imitar una vez que su obra se recuperó como modelo literario con el humanismo renacentista. En el Antiguo Régimen, su imitador más famoso y original fue Cyrano de Bergerac (1619-1655) gracias a su *Histoire comique des États et empires de la Lune* [*Historia cómica de los Estados e imperios de la Luna*] (1657), que rivaliza con su predecesor griego en inventiva satírica a la hora de describir a sus selenitas como seres escasamente antropomorfos, con su propia mentalidad y modos de vivir la vida, con sus creencias, políticas e intrigas.

Tanto en uno como en otro, así como en escritores que describieron las sociedades

selenitas incluso cuando ya se sabía que la Luna estaba deshabitada, como H. G. Wells (1866-1946) en *The First Men in the Moon* [*Los primeros hombres en la Luna*] (1901), reviste gran importancia la aventura del viajero imaginario desde cuya perspectiva se narra su descubrimiento de tales sociedades, así como sus peripecias en ellas. Se trata, pues, de textos novelísticos que albergan en su seno un alto contenido especulativo derivado de la construcción de mundos secundarios racionalmente verosímiles desde el punto de vista de su concepción. Los selenitas constituyen el *novum* suviniano de estas narraciones, cuya función es la de inducir un distanciamiento cognitivo a partir de la comparación implícita o explícita entre las civilizaciones selenitas y las terrestres contemporáneas, lo que a su vez funda la sátira que subyace a la mayoría de estas obras desde Luciano.

De este esquema general de las ficciones científicas ambientadas en la Luna se aparta, al menos en cuanto a su planteamiento literario, un breve texto decimonónico de Maurice Sand (Jean-François Maurice Arnould, 1823-1899), titulado en el manuscrito «*Quelques mots sur la Lune tirés des notes d'un voyageur*» [*Unas palabras sobre la Luna sacadas de las notas de un viajero*], que había quedado inédito hasta esta primicia mundial de su publicación en

el presente número, a continuación de su traducción castellana¹. Su autor es un gran escritor de los géneros especulativos que ha quedado eclipsado hasta hoy por su celeberrima madre George Sand (Aurore Dupin, 1804-1876), una de las grandes escritoras del Romanticismo francés. Apenas nadie recuerda, a falta de estudios y reediciones, una novela de extraordinaria originalidad sobre la materia de la Atlántida de su hijo Maurice titulada *Le coq aux cheveux d'or* [El gallo de los cabellos de oro] (1866/1867). Aunque esta no es la primera obra moderna que noveliza el famoso mito épico-fantástico platónico, su novedad es indudable si observamos que, por su intriga, personajes (incluido el héroe galo del título, cuya semejanza con el posterior Conan howardiano salta a la vista), estilo y planteamiento general, es quizá la primera fantasía de *sword and sorcery* (espada y brujería). Pese al apoyo de su madre, quien escribió una amplia reseña para promocionarla, esta novela no tuvo éxito alguno, seguramente por adelantarse en varias décadas a aquella forma de *high fantasy*. El texto que ahora nos ocupa no tiene tan alta calidad. Su brevedad y el final un tanto abrupto hacen pensar que fue un experimento literario que Sand no quiso llevar más lejos, tal vez porque lo consideraría, con razón, demasiado alejado de las modas literarias de su tiempo. Aunque no indica la fecha y, por lo tanto, resulta imposible saber cuándo Sand lo escribió (¿sería por la misma época de su novela atlante, que revela un interés por la creación

de mundos secundarios en la que el autor no perseveró después?), es probable que se diera cuenta de que se trataba de una obra demasiado original como para poder ser bien acogida en un medio y una época en que el realismo literario estaba alcanzado la hegemonía. El informe sobre los habitantes de la Luna era bastante extravagante en su época. Tal vez en la de las Vanguardias y de la ciencia ficción wellsiana se habría entendido mejor su originalidad tanto en cuanto a la forma como en cuanto al contenido.

En lo relativo a la propia descripción de los selenitas o *lunarios*, Sand se distingue de sus predecesores por la extraordinaria riqueza de los detalles de orden biológico que aporta sobre las distintas especies de habitantes de la Luna. Estos se dividen en distintas especies, unas animales, de las cuales varias domésticas se presentan como semejantes a las terrestres en forma y función, y otras inteligentes, cuyo aspecto luce al principio bastante antropomórfico, tal vez para ir preparando a los lectores para los rasgos físicos cada vez más extraños que se van introduciendo gradualmente en la descripción, según avanza el texto. Estas especies inteligentes también se describen en primer lugar como paralelas hasta cierto punto con las razas terrestres, habiendo una incluso que consideran irracional para explotarla mejor, como en la esclavitud terrestre. Más adelante, la descripción de su forma de nacimiento, de desplazarse, de comer e incluso de morir y resucitar (si conviene a los herederos o descendientes, incluso siglos

¹ Esta sigue nuestra propia transcripción del manuscrito, hecha con la ayuda de Sara Avram, a quien agradezco sus correcciones. El manuscrito es bastante legible en general, pero no ponemos la mano en el fuego en lo referido a la exactitud de nuestra transcripción de las numerosas palabras inventadas por Sand que abundan en el texto, algunas de las cuales reescribió por encima de forma poco clara, pese a que el manuscrito presenta pocas tachaduras y correcciones, lo que hace pensar que se trata de una copia definitiva en limpio hecha por el propio autor. Sus cuartillas se conservan en la Beinecke Library de la Universidad de Yale y, concretamente, en el Fonds Maurice Sand, con la signatura GEN MSS 1463, Series III. Box: 7, Folder: 98 (Mixed Materials). Conste mi más sincero agradecimiento a esa Biblioteca por su amable realización y envío de una reproducción en PDF del manuscrito, así como su autorización a transcribirlo, publicarlo y traducirlo. Me gustaría mencionar expresamente a la bibliotecaria Naomi Saito por su disponibilidad y ayuda, así como al fotógrafo y al resto del equipo de la biblioteca por las buenas imágenes del manuscrito.

después) revela que su antropomorfismo inicial era engañoso. Son seres muy distintos a los hombres, y su biología, igual que la nuestra, determina en gran medida su civilización, tal y como la describe el anónimo viajero. Este presta especial atención a las reuniones mundanas, sobre todo a los banquetes. La extraordinaria forma de consumir y compartir alimentos entre los comensales tiene rasgos escatológicos que se sitúan en la tradición de Luciano de Samósata y Cyrano de Bergerac. La extrañeza que suscita esto y otras cosas como el ritual de nacimiento, con rasgos naturales y artificiales, queda acentuada por la parquedad de los comentarios del viajero, que deja que los lectores saquen sus propias conclusiones, entre otras cosas, sobre la relatividad de las costumbres. Estas pueden parecer groseras, cómicas e irracionales desde nuestro punto de vista humano, pero son lógicas y naturales habida cuenta de los condicionamientos naturales e históricos de la Luna. Estos últimos no se explican apenas en el texto, fuera de las alusiones a inventores y científicos que encontraron soluciones más o menos eficaces, pese a su loca apariencia, para algunos problemas lunarios. En cualquier caso, el viajero no juzga apenas. Su actitud es más bien la del testigo. Incluso su participación en los banquetes denota la actitud de un etnólogo o antropólogo que toma nota e informa simplemente de lo que ve. En consecuencia, no hace deducciones ni intenta analizar las causas y el origen de las costumbres extraordinarias a las que asiste, si estas no son evidentes. Por eso no cuenta la historia de los lunarios ni describe sus creencias. Esta renuncia es programática, pues las líneas finales se limitan a aludir a la existencia de un sacerdocio que mantiene secreto lo relacionado con la divinidad. El viajero hace votos por que los estudiosos de la Tierra aborden esta cuestión, pero él cierra su informe señalando así los límites de este:

no propondrá hipótesis explicativas sobre la religión, la cultura y, en general, la mentalidad selenitas, a diferencia de las teorías más o menos especulativas que sus contemporáneos estaban ya proponiendo, y que se seguirían proponiendo durante décadas sobre civilizaciones terrestres distintas a la occidental. Sand criticaba tal vez implícitamente el alejamiento de tales estudiosos de la realidad científicamente observada. Para su viajero, hasta lo más extraño parece natural en su contexto y no exige explicaciones que rebajen ilusoriamente la diversidad intrínseca de los seres, aunque estos sean imaginarios.

Esta actitud objetiva determina asimismo la escritura del texto. Pese al título y la alusión a una experiencia personal del viajero en la Luna, no puede afirmarse que se trate de un viaje imaginario, pues la narración de las aventuras del viajero brilla por su ausencia. Al igual que otros textos románticos igualmente aislados en su contexto, como la alegórica «Geografía Țintirimului» [*Geografía del cementerio*] (1840), de Pavel Vasici-Ungureanu, el de Sand es prácticamente pura descripción en forma de exposición o informe de divulgación etnográfica, aunque sea esta vez de seres fantásticos. El viaje imaginario implícito ha eliminado todo discurso novelístico, mutándolo en ficción de índole plenamente documental, esto es, lo que en inglés se denomina *fictional non-fiction* y que en castellano podría llamarse *docuficción*. Este procedimiento literario estaba aún en ciernes en la época de Sand. Apenas podríamos mencionar como precedente el *Moon Hoax* [bulo de la Luna] de 1835, atribuido a Richard Adams Locke (1800-1871), formado por una serie de textos sobre los selenitas que habría descubierto el astrónomo John Herschel (1792-1871). Sin embargo, al ser este un logrado fraude, no puede compararse en pureza con este opúsculo de Sand, cuyo carácter ficticio se desprende de su relación con el viaje imaginario literario,

en vez de hacerse pasar por real recurriendo a la autoridad del nombre de un científico real y prestigioso. Sand procedió más bien a crear un nuevo género de ficción mediante la *desnovelización* del propio viaje imaginario, algo que podemos apreciar mejor tal vez hoy que en su propia época, que asistió precisamente al triunfo definitivo de la novela. Formalmente, se oponía así demasiado a las tendencias coetáneas. Es una pena que Sand no se hubiera atrevido a consumir su rebelión literaria publicándolo, de haber encontrado dónde hacerlo.

Ya entrado el siglo xx, tanto la ficción científica como la presentación de mundos secundarios con un planteamiento etnográfico se beneficiaron de las ansias renovadoras de la literatura europea y americana que se sucedieron del Decadentismo a las Vanguardias. También resultaron beneficiadas de la mayor familiaridad del público occidental con las civilizaciones exóticas del pasado y del presente. Dar un paso más e imaginar sociedades extraterrestres y presentarlas como realidades observables científicamente era ya algo aceptable, incluso en los medios de la literatura popular. Así lo indica otra ficción lunar que se publicó en un periódico italiano dirigido al gran público, adulto o juvenil, titulado *Giornale Illustrato dei Viaggi* [Diario ilustrado de viajes]. Según su editor

moderno, en su número de 12 de marzo de 1922 vio la luz «Dalla Luna alla Terra» [*De la Luna a la Tierra*], de un tal Antonio Acierno², del que poco se sabe, aparte de que colaboró con esa revista hasta 1932, siendo posible que su fallecimiento tuviera lugar poco tiempo después. Pese a esta oscuridad, cabe afirmar que esa obra selenita suya debió de tener alguna fama, pues parece haber sido víctima de plagio en Brasil en 1932. Humberto de Campos (1886-1934) publicó en el *Diário Carioca* un cuento titulado «Os sábios selenitas» [Los sabios selenitas]³. Este cuento figura en las listas de la protociencia ficción brasileña y ha sido objeto de un amplio y agudo acertado análisis en una tesis doctoral⁴, sin que nadie parezca haberse podido enterar en aquel país⁵ de que se trata de una traducción fiel, pese a algunas modificaciones muy menores y con el título cambiado de aquel cuento italiano de Acierno⁶, cuyo nombre no se menciona como autor original en el *Diário Carioca*, donde el único nombre que aparece es el de Humberto de Campos. No sabemos qué pudo llevar a este a elegir concretamente aquel texto para darlo a conocer, previa apropiación, a los lectores brasileños, pero creemos probable que se sintiera atraído por la visión satírica de la humanidad, desde una perspectiva ajena. La idea de otredad como un procedimiento que descentra al hombre

² El texto de la traducción se basa en el siguiente: Antonio Acierno, «Dalla Luna alla Terra», *Le aeronavi dei Savoia. Fantascienza italiana 1891-1952*, a cura di Gianfranco de Turrís con la collaborazione di Claudio Gallo, Milano, Nord, 2001, pp. 65-68.

³ La referencia bibliográfica completa es la siguiente: Humberto de Campos, «Os sábios selenitas», *Diário Carioca*, v, 1318 (24.11.1932), p. 1.

⁴ Marcos Antonio Maia Vilela, *A protocição científica de Humberto de Campos*, Salvador, Universidade do Estado da Bahia, 2009.

⁵ Teniendo en cuenta la dificultad con que circulan los libros entre Brasil y el resto del mundo, no extrañaría que nadie haya podido tener en sus manos la antología italiana. Nuestro hallazgo ha sido completamente casual, al obrar en nuestro poder aquella y una reedición de *Lagartas e libélulas* (1935), el volumen póstumo de cuentos y crónicas de Humberto de Campos en que se recogió el relato «Os sábios selenitas».

⁶ Es posible que ambos fueran, a su vez, traducciones de otro relato anterior de alguna otra lengua, pero no lo hemos localizado, de manera que el de Acierno sigue teniendo el carácter de original. No obstante, no hemos podido consultar el número de la revista en que se publicó, sino tan solo su reedición moderna por De Turrís.

se ajusta al interés de Campos por combatir la autocomplacencia social humana, siempre en busca de desenmascarar satíricamente nuestras falsas seguridades, como hizo en su cuento fabuloso «As duas filhas do rei Hassan» [*Las dos hijas del rey Hasán*], recogido en *Ásombra das tamarceiras* [A la sombra de los datileros] (1934). Como Acierno es precisamente lo que hace en su cuento, Campos se fijaría en él tal vez por esa razón, máxime teniendo en cuenta que «Dalla Luna alla Terra» es un texto bastante original y logrado, entre otras cosas por la fantasía de que hace gala al describir unos selenitas que, como los de Sand, no tienen aspecto antropomórfico, así como por el atractivo de su escritura.

A diferencia del texto de Sand, en el de Acierno se dan a conocer los selenitas en acción, mediante su presentación novelística, con alternancia de descripciones, diálogos y narración en un conjunto predominantemente narrativo. No obstante, la situación así expuesta es peculiar, pues parte de un debate sobre la existencia o no de vida inteligente en la Tierra, un debate que se desarrolla primero como una discusión entre tres científicos, antes de resolverse en una conferencia ante la Academia de Ciencias Lunares y Celestes pronunciada por un explorador que han enviado a nuestro planeta en una astronave inventada por aquel para salir de dudas mediante la observación directa de los terrícolas en su medio. Tanto en aquella conversación como en la conferencia que pone fin a la polémica se utiliza un registro científico que acerca la obra a la docuficción, aunque no quepa clasificarla en ella. Los selenitas no son objeto directo de observación etnográfica, a diferencia de lo que ocurre en el texto de Sand arriba comentado.

Los habitantes de la Luna son ciertamente peculiares y escasamente antropomorfos, tal y como se desprende de su descripción en términos que combinan lo monstruoso (para nosotros)

y lo cómico (también desde nuestro punto de vista terrestre), pero tal descripción se enmarca en una acción que revela novelísticamente su comportamiento. Este parece ser muy humano. La manera en que los científicos selenitas entran en polémica, con amplio recurso al argumento de autoridad, y la insistencia en las propias hipótesis como si les fuera algo muy personal en ello son rasgos que no costaría mucho reconocer en científicos de nuestra especie. También parece muy humana la dificultad no solo de aceptar, sino incluso de concebir la diversidad radical de la existencia de otros seres inteligentes, a no ser que estos se ajusten a unos criterios basados en las características de la propia humanidad o, en el caso del cuento de Acierno, la *lunaridad*, por decirlo así. La facilidad con que se aceptan los datos que confirmarían en apariencia los propios prejuicios, sin buscar otros que pudieran refutarlos, se observa en el comportamiento del explorador, para quien un arriesgado encuentro fugaz con ciertos habitantes del planeta le basta para deducir que todos tan serían agresivos y aparentemente irracionales como aquellos. Para quienes entendemos, por ser terrícolas, con quiénes ha topado el explorador y que la Tierra alberga también seres capaces de acometer estudios científicos semejantes a los presentados por Acierno en el muy diferente medio selenita, este malentendido es cómico, pero también inquietante: ¿quién se atrevería a afirmar que nosotros, y nuestros científicos, no obraríamos de forma semejante en un caso similar? Ahí se genera en la obra el distanciamiento cognitivo propio de la ciencia ficción, ya que la sátira de la observación etnográfica de una civilización distinta se invierte, al convertirnos nosotros en el objeto etnográfico y sugerirse así que nosotros somos también seres tan extraños y extravagantes como los habitantes de la Luna. El cambio de perspectiva realizado por Acierno, cambio que también adoptaron en términos

parecidos otros escritores de su época, tales como José María Salaverría (1873-1940) en «El planeta prodigioso» / «Un mundo al descubierto» (1924/1929), nos invita a mirar la otredad como algo que habría que dar por supuesto, sin necesidad de intentar persuadirnos mediante didácticos discursos. La imaginación especulativa se basta y sobra para arrebatarnos a

la comodidad de nuestro mundo fenoménico y hacernos reflexionar sobre lo uno y lo diverso o, si preferimos disfrutar con el puro ejercicio de la fantasía y el bello manejo del lenguaje para crear atractivos universos ficticios, nos lo facilitan la inventiva y la sutil comicidad que demuestran estas dos agradables curiosidades literarias de Sand y Acierno.

MAURICE SAND

Unas palabras sobre la Luna sacadas de las notas de un viajero (nota de un viajero encontrada en una bola de cera en la falda del monte San Gotardo)

La Luna está tan bien habitada que os voy a hablar de sus moradores, con los que he convivido mucho tiempo. No son tan diferentes de nosotros como se podría creer. Varias razas viven en ese satélite: la raza verde de ojos rojos y cabellos negros, la raza gris sin pelo y la raza blanca de cabellos verdes o amarillos. Están constituidos y hechos como nosotros, solo que tienen en la parte posterior un apéndice caudal desmesuradamente desarrollado, pero volveremos a hablar más adelante de ese interesante aparato que les es de gran utilidad. La raza gris de ojos blancos es generalmente ciega. Vive en cuevas naturales a orillas del mar, se alimenta de plantas saladas y mata con sus grandes y largos dientes a todos los individuos de la raza blanca que encuentra. A veces las razas se mezclan, lo que da lugar a productos monstruosos y paradójicos, que llamaremos mulos humanos. Estos mulos viven en sociedad, rara vez descansan en el suelo y comercian

entre los continentes del planeta gracias a su locomoción aérea.

Digamos unas palabras sobre sus viviendas. Construyen especies de jaulas de azúcar gomoso llamado *silaf*, que los protegen del frío gracias al carácter compacto de las moléculas que componen esa sustancia, cuya transparencia no los priva ni de un átomo de la luz nocturna sin calor que les llega de la Tierra. Es en jaulas similares, aunque más estrechas, donde se encierra a los recién nacidos, después de haberlos sometidos a una singular operación: se dejan en infusión en una especie de sal natural durante bastante tiempo, luego se sacan y se sumergen en agua hirviendo hasta que la piel se ampolla, después se raspan y secan en bramantes hechos de los intestinos de un buey de mar, que durante la noche sale del agua y va a pastar en las plantaciones de calabazas. Los hombres verdes destruyen muchos de esos bueyes de mar, llamados *calabas*. Luego los venden a las bandas de animales viajeros que atraviesan su

atmósfera periódicamente. He dicho animales, y me equivoco, pues son simplemente una variedad de los mulos lunares, una variedad muy poco inferior a la que vive en la tierra. La única diferencia entre ellos es que los primeros tienen la cabeza calva y los pies peludos, la cola es menos larga y se abre más en forma de abanico. El medio de locomoción de estas extrañas criaturas es aún más extraño: es atornillando su cola como un gigantesco resorte de reloj y relajándola sobre un cuerpo sólido como logran cruzar el espacio, y lo hacen con prontitud y rapidez considerables. Así pasan por todos los puntos de su planeta en poco tiempo. Esta innovación, además, es reciente, ya que data de hace tan solo veinte *krurko* (unos diez de nuestros años); se debe a un famoso científico que supo aprovechar esta fuerza de su apéndice caudal, desconocida hasta entonces. Esta raza mestiza es la esclava de la raza verde de tez azulada, cruzada de rojo sangre, lo que les da, a primera vista, la apariencia de nuestros indios norteamericanos. Las mujeres verdes (*cratars*), similares a hermosas estatuas de malaquita, tienen muy buena figura. Llevan vestidos largos, enlazados bajo el busto. Su cabellera magnífica se eleva en punta seis metros por encima del cráneo, para descender perpendicularmente, por detrás de la espalda, hasta el suelo, y les sirve de tercer punto de apoyo, lo que les permite dormir de pie sin fatiga alguna. Para peinarse utilizan peines nudosos *bastabs* hechos de *siracote*, una leche natural que se recoge en los estanques salinos. Algunas mujeres desaseadas o demasiado pobres se peinan a veces con los dientes, que, como todos sabemos, tienen la capacidad de retirarse de las mandíbulas. Una vez utilizados los dientes, se guardan en un *farmirok* (caja) hasta la hora de la comida, que se toma en el *Pristufec* o comedor.

Doy aquí por terminados estos detalles para ocuparme de sus medios de reproducción; estos detalles, aunque extraños, no dejan por

ello de ser muy exactos. Las mujeres de la raza negra tienen cerca del pectoral derecho, bajo la glándula mamaria, una amplia abertura; es allí donde los niños acuden a buscar refugio, como entre los canguros, cuando la caída de las hojas los amenaza con una destrucción inevitable. De hecho, cada hoja seca se lleva a uno de los miembros de la familia lunar. Así como decimos en nuestro país que le quedan tantos años de vida, dicen ellos en el suyo que le quedan tantas hojas secas por caer. Los varones de veinticinco *flakok* (años) deben ser necesariamente padres a esa edad. Las mujeres de quince *flakok* también deben ser madres en esa época; montan en sus *pituxas* (especie de llama de pelo azul) y van, por ley natural, a buscar marido más allá del lago *Piruste*, cerca de *Kikodek*; es por senderos subterráneos revestidos de cera virgen por donde llegan hasta *Tapandok* las jóvenes, que acuden allí una vez al año. Es como un bazar inmenso, un mercado de *cratars* (varones de la raza verde). Todos quienes desean casarse se reúnen con gritos de alegría cada vez más fuertes y, acercándose luego unos a otros, comienzan una escena que temo relatar, por ser tan extraña. Se ponen cabeza abajo y, por medio de su orificio inferior, expulsan los gases contenidos en sus entrañas de forma lenta y prolongada. Es un gran placer para ellos. Los más ruidosos siempre ganan el voto y el aplauso de las asistentes y se les escoge de maridos en el mismo momento.

Esta ceremonia, que llaman *Zicrodzag*, es una de las más antiguas y nadie se casa si no ha participado en ella. Al año siguiente, si resulta del matrimonio un hijo, es indispensable volver a las orillas del lago *Piruste* en la misma época. Cada padre sube a la cima de un *paupukoi* (especie de palmera marítima) y arroja con fuerza a su niño al mismo lago. Tan pronto como termina esta ceremonia, todos los grandes dignatarios se acercan, agarrándose del ombligo, y van a pescar a los niños, a quienes se les aplica el tratamiento

especial de agua hirviente y raspado del que ya hemos hablado. Los hijos de la raza verde, la más inteligente de todas, solo vienen al mundo tras dieciocho meses de gestación.

Invitado por un *cratar* (hombre verde) a participar en una comida que ofrecía a un amigo, entré en el *Pristufec* (sala de banquetes), donde unos cincuenta *triturius* (hombres calvos grises) se preparaban para servir. Los invitados llegaban cada doce *pendulos* (minutos), vestidos a la última moda. Era una especie de blusa dentada llamada *butangif* hecha de *krukuhe* (lino lunar), que les ceñía el costado, el vientre y las posaderas; nada más entrar, se sentaban cada uno en su *gotof* (especie de silla de dos patas), con un *farmirok* a sus pies, un *kratir* (silla de marfil) delante y, sobre esta silla de marfil, una gruesa bola, que era toda la comida. A una señal del maestro de la *Buringue* (casa), cada uno se levanta de su *gotofy* va a sentarse en el *kratir*. Las tripas aspiran la bola con un ruido formidable y sale por el extremo opuesto. Solo entonces es buena y sabrosa, y pasa al vientre de una persona, para volver a salir en un instante, aspirada por las tripas de otra, devuelta y tragada por todos los presentes. A continuación, se entabla la conversación. La forma de hablar es uno de los fenómenos más increíbles, hasta el punto de que la imaginación más rica no podría inventarlo. Es a través del ombligo por donde salen los sonidos con acentos estridentes y agudos que producen una música poco armónica a nuestros oídos. Tienen otra forma de conversar: acercan la oreja a la nariz de su interlocutor y tiran de uno de los dedos del pie. El saludo consiste en avanzar delicadamente el pie izquierdo y golpear con el dedo gordo el bajo vientre de la persona homenajead; cuanto más duro es el golpe, mayor es la estima. Por eso es muy raro ver hombres con barriga, gracias a esa costumbre.

Todos los invitados salieron de la casa después de la comida, algunos en sus *carnufts*

(una especie de caballo), otros se lanzaron a brincar por el aire sobre sus colas de resorte. El *carnuf* es un animal adaptado a las necesidades del hombre. Es una especie de odre de color carne, con pelos cerca de la fosa nasal, cerca de las orejas y en el ano. Sus patas son tan cortas que no le sirven de nada, parecen salchichas y no tienen fuerza alguna. Es del tamaño de una barrica, tiene la capacidad de hincharse y elevarse en el aire; es una de las formas más agradables de viajar. Los lunarios utilizan también su piel para confeccionar una prenda que nunca llevan sobre el cuerpo, pero que acarrear como un paquete sobre los hombros, obteniendo mediante ese trabajo un calor y una transpiración de lo más saludables, una transpiración en tal abundancia que, al extenderse sobre la superficie de su globo, crea allí los lagos salados que vemos desde nuestro planeta y que a veces provocan, a mediados de *pistor* (setiembre), plagas en las inmediaciones de las grandes ciudades. Los científicos han hallado hace muy poco una forma de alejar esas exhalaciones: se trata de coger, por la mañana en ayunas, una rama fuerte de una especie particular de árbol, cortada horizontalmente, con cuidado de que el corte sobrepase unos *lestos* (centímetros) el labio superior. Durante ese tiempo hacen tocar una melodía con el *chichikarufi*, una especie de flauta hecha con la piel de sus uvas.

La época de los eclipses reviste gran importancia para ellos. Oh, entonces todo es barullo, un sálvese quien pueda. En primer lugar, esa época es muy peligrosa para los habitantes. Muchos de ellos se desgarran, porque su muerte no es, como en nuestro caso, la privación de la vida, sino un sueño letárgico que puede durar más o menos tiempo. Eso depende de sus hijos o herederos. Al cabo de varios siglos, cuando se siente la necesidad de un antepasado, se abre su tumba *ico* (especie de hojalata). Todos los presentes comienzan a soplarle, por medio de

una especie de canuto, un compuesto hecho de varias raíces, cuyos nombres se nos han olvidado, y luego se le inyecta en las fosas nasales y en los oídos una droga llamada *muziste* para algunos, *furop* para otros; se trata de una especie de embalsamamiento. Una vez terminada esta ceremonia, llevan el cadáver al pie de un volcán, lo acuestan sobre la lava aún caliente y le abren el lado izquierdo con el instrumento descubierto por el difunto Mijonico, famoso óptico, y vierte ahí una *tubiche* (botella) de *Brustillimane*,

planta sagrada que los *chlaudrak* (sacerdotes) utilizan para hacer sus sacrificios; entre nosotros es el olor de amoníaco.

Habría muchos volúmenes que escribir sobre los lunarios y su religión, bastante oculta a los profanos, pero espero que el tiempo lleve naturalmente a los sabios de nuestro planeta a levantar los misteriosos velos con que los sacerdotes rodean lo que tiene que ver con la divinidad.

ANTONIO ACIERNO

De la Luna a la Tierra

Los tres monstruos inteligentes, reunidos en lo alto de una gran montaña calcinada, se habían puesto a hablar, con voz gutural, de la posibilidad de un entendimiento con los lejanos habitantes de la Tierra.

Empuñando un enorme aparato fabricado con metales desconocidos y en el que se engastaban, para aumentar gradualmente las imágenes, decenas de lentes de cristal pulido mediante un procedimiento reciente, Staff, el más joven de los científicos selenitas, escudriñaba atento el espacio en dirección de nuestro planeta. A su lado, sentado sobre la roca, Herlowawth, el más anciano, hacía cálculos en una hoja de metal, parecida a nuestras aleaciones de aluminio, que sujetaba al mismo tiempo con cinco de sus seis manos y, además, con otra suplementaria que colgaba, rugosa, de la oscura extremidad de su cola.

Delante de estos dos, con un paquete de láminas abierto ante su único ojo de visión perfecta, Annianax, astrónomo que ya había calculado el número de estrellas de siete mil constelaciones invisibles, meditaba silencioso sobre los posibles resultados de aquella temeraria aventura.

—La máquina para volar inventada por el ingeniero Warthwift —dijo el venerable Herlowawth, mientras levantaba la enorme cabeza temblorosa, constelada de ojos— es el único procedimiento de que disponemos para descubrir si el planeta de que dependemos está, como se supone, habitado. Nuestros instrumentos para ver a distancia son, como sabemos, deficientes. Si los aparatos revelan

huellas de vida, evidenciadas por la modificación progresiva de la corteza terrestre, alejan rápidamente esa posibilidad los fenómenos producidos y una infinidad de circunstancias en que concuerdan algunos de nuestros colegas más eminentes.

—Es esa su opinión —respondió Annianax, interrumpiendo su examen del espacio y fijando en el Maestro su gran ojo congestionado—. El planeta de que nos ocupamos no puede estar habitado como la Luna, donde vivimos. La masa líquida que se mueve en derredor suyo, que ocupa tres cuartas partes de la superficie, y sobre todo la humedad ambiente son contrarias a cualquier manifestación de vida. Y si acaso mis cálculos fallaran, si hubiera por allá seres vivos, estos permanecerían necesariamente en un estado de inteligencia tan rudimentario que nos sería imposible entablar con ellos cualquier relación.

—¿Y aquellas señales que dibujan a veces en su atmósfera, en forma de rápidos trazos de fuego? —se atrevió a preguntar Staff.

—No significan nada, no representan nada. Son simples fenómenos magnéticos. La vida sería imposible en aquel medio, con aquellos obstáculos a su conservación, y si la vida es difícil, la inteligencia es, puede afirmarse, imposible.

Irguiendo la cabeza pesada y desnuda, en la que la edad ya había cerrado media docena de ojos, Herlowawth, el más anciano de los astrónomos selenitas, borró los cálculos con la mano de la punta de la cola y objetó sentenciosamente:

—Nuestro astro ha penetrado millones de veces en la sombra, inundándose de luz por el otro lado, sin que nuestros antepasados hayan despejado su gran duda acerca del misterioso planeta del que somos satélites. Las opiniones que os separan ya separaban antes a generaciones y generaciones. Los motivos que exponéis, las razones en las que os fundáis, ya sostenían los argumentos de nuestros abuelos. La teoría de Annianax de que la Tierra está deshabitada o que, de tener habitantes, estos se mantienen en un estado rudimentario y viviendo en la brutalidad más ruda y una ferocidad más acentuada ya era la de Clown, padre de Wluffuwit. Y la de Staff, que admite la capacidad del gran planeta y pretende que sus habitantes se hallan en un estado de cultura equivalente al menos al nuestro, tampoco es nueva. La defendieron, en tiempos que ya ni siquiera imagina el recuerdo, Sttownen, Aixley, Butternwamnd y otros cuyo nombre no imprimió la luz del saber en la memoria de las criaturas. Son embargo, lo que no tenían, como tenemos nosotros, era el medio de resolver tamaña controversia, esta duda espantosa, algo que ahora nos es posible gracias a la máquina voladora de Warthwift. Hagamos, pues, que parta con las provisiones apropiadas a reconocer el planeta que nos lleva por la inmensidad y que nos traiga informaciones seguras, claras y positivas sobre nuestro misterioso vecino del éter.

—¡Cúmplase tu orden! —aplaudió Staff.

—¡Hágase lo que has dicho! —confirmó Annianax.

Un mediodía del pasado marzo, los leones que descansaban, con los ojos cerrados bajo la canícula, en el pequeño oasis de Amfitalah, en el Sahara, se levantaron de un salto, despertados de repente por un ruido insólito que bajaba del cielo.

Entornando los ojos fulvos para ver mejor en aquella orgía de luz que aturdía, las fieras distinguieron, muy arriba, una gran ave de forma nunca antes vista que descendía rápidamente en giros ligeros.

Una vez llegado a tierra, el pájaro enorme se posó estruendosamente en el suelo muelle, levantando una gran nube de polvo.

Transcurrido un instante, los leones vieron salir de él un monstruo de gran cabeza salpicada de ojos, el cual, al moverse sobre dos piernas cortas y enjutas, tenía la ventaja de poseer seis manos y otra más suplementaria en la extremidad de la cola.

Al verse en tierra firme, el monstruo miró escudriñando en derredor. De súbito, en cambio, al descubrir el oasis en el que seis leones lo miraban en pie, atentos a sus movimientos, se dirigió hacia ellos a saltos, aferrando en la mano una placa de metal que, a juzgar por los trazos dibujados en ella, debía de ser por lo menos un obsequio de los habitantes de la Luna a sus lejanos amigos de la Tierra.

Sin embargo, se detuvo a los pocos pasos, aterrado: había oído un rugido cavernoso, terrible, profundo, emitido ciertamente por los grandes habitantes del oasis. Se armó de valor, dio dos pasos más, y ya iba a dar el tercero cuando los leones, enfurecidos por ese desafío, dieron un salto de tres metros hacia él, enseñando los dientes y con la melena erizada.

Adivinando, más por instinto que por reflexión, la intención de las fieras, el selenita plantó en la arena los dos pies, las siete manos y, casi, la cabeza y, de un brinco formidable, ganó el aparato, que se puso rápidamente en movimiento y ascendió velozmente en espiral hacia el disco de la Luna.

La Academia de Ciencias Lunares y Celestes se había reunido aquella noche con toda la solemnidad imaginable. Había allí centenares

de sabios, principalmente astrónomos, llegados de todas las regiones del satélite, para escuchar por fin la palabra del Emisario.

Separados por el venerable Herlowarth, que presidía la sesión, estaban el obstinado Annianax, partidario de la inhabitabilidad de la Tierra o de la irracionalidad de sus criaturas, y el joven Staff, que lideraba, en el círculo de los científicos selenitas, la corriente opuesta, ya que atribuía un alto grado de inteligencia a los posibles habitantes terrestres.

Abierta la sesión, hizo su entrada en el gran anfiteatro el emisario Warthwift, que había resuelto el gran problema gracias a la exploración del lejano planeta.

Pálido, grave el semblante, casi fruncido el ceño de sus veinte ojos por la emoción que lo embargaba, el aviador lunar, de pie y empuñando en medio del silencio general la hoja de metal que había llevado en su vuelo, comunicó, en medio de la formidable emoción general, lo siguiente:

—Científicos selenitas, se ha cumplido vuestra determinación. Fui al planeta que me señalasteis y está habitado de verdad, pero por seres con los que nos es imposible entablar relaciones. Los seres que allá viven lo hacen al aire libre, duermen en el rudo suelo, tienen cuatro patas, dos ojos y, en la cabeza, mayor que la nuestra, un remolino de pelos enmarañados. Apenas me vieron, abrieron de par en par sus enormes fauces y me saltaron encima con la segura intención de devorarme. En conclusión, el planeta está habitado, pero lo está por seres en un estado rudimentario de inteligencia, con quienes es imposible cualquier clase de comunicación.

Una vez terminado el discurso de Warthwift, Staff se dirigió a su adversario y lo felicitó.

—¡Has ganado, Annianax!

Y, besándose los cuarenta ojos, se abrazaron conmovidos con las catorce manos, incluida la suplementaria.

MAURICE SAND

Quelques mots sur la Lune tirés des notes d'un voyageur (trouvé dans une boule de cire sur le versant du mont St. Gothard) (note d'un voyageur)

La Lune est si bien habitée que je vais vous parler de ses habitants avec lesquels j'ai beaucoup vécu. Ils ne sont pas tellement différents de nous qu'on pourrait le croire. Plusieurs races peuplent ce satellite. La race verte aux yeux rouges, aux cheveux noirs, la race grise sans système pileux, la race blanche aux cheveux verts ou jaunes. Ils sont constitués et faits comme nous, seulement ils ont à la partie postérieure de leur être un appendice caudal excessivement développé, mais nous reviendrons plus tard sur cet appareil intéressant et qui leur est d'une si grande utilité. La race grise aux yeux blancs est généralement aveugle. Elle habite dans les cavernes naturelles sur les bords de la mer, se nourrit de plantes salées et tue avec ses dents larges et longues tous les individus de la race blanche qu'elle rencontre. Parfois les races se mélangent, ce qui donne bien à des produits monstrueux et paradoxaux, que nous appellerons mulets humains. Ces mulets vivent en société, ne reposent que rarement sur le sol et font le commerce entre les continents

de la planète vu leur faculté de locomotion aérienne.

Disons un mot de leurs habitations. Ils construisent des espèces de cages en sucre gommeux appelé *silaf* qui les garantissent du froid par la compacité des molécules qui composent cette substance et dont la transparence ne leur enlève pas un atome de cette lumière nocturne sans chaleur qui leur vient de la Terre. C'est dans des cages semblables, mais plus étroites, que l'on enferme les enfants qui viennent de naître, après avoir subi une opération singulière : on les fait infuser dans une espèce de sel naturel, pendant assez longtemps, puis on les retire et on les plonge dans l'eau bouillante jusqu'à ce que la peau se boursoufle, ensuite on les gratte et on les fait sécher sur des ficelles, faites des boyaux d'un bœuf marin, qui pendant la nuit sort de la mer et va brouter les plantations de citrouilles. Les hommes verts détruisent beaucoup de ces bœufs marins, appelés *calabas*. Ils les vendent ensuite aux bandes d'animaux voyageurs qui

traversent leur atmosphère à des époques périodiques. J'ai dit animaux et j'ai tort, car c'est simplement une variété des *mulets lunaires*, variété très peu inférieure à celle qui habite le sol. La seule différence qui existe entre eux, c'est que les premiers ont la tête chauve et les pieds velus, la queue moins longue et s'étendant plus en éventail. Les moyens de locomotion de ces natures bizarres sont plus bizarres encore, c'est en arrondissant leur queue comme un ressort de montre gigantesque et en le détendant sur un corps solide qu'ils parviennent à franchir l'espace, et ils le font avec une prestesse et une célérité remarquable. Ils parcourent ainsi tous les points de leur planète en peu de temps. Cette innovation, du reste, est récente, elle ne date que de vingt *krouurko* (environ dix de nos années); elle est due à un savant célèbre que sut mettre à profit cette force de leur appendice caudal, jusqu'alors ignorée. Cette race bâtarde est l'esclave de la race verte au teint bleuâtre, sillonnée de rouge sanguin, ce qui leur donne, à première vue, l'aspect de nos Indiens de l'Amérique du nord. Les femmes vertes (*cratars*) semblables à de belles statues de malachite sont fort bien faites. Elles portent des robes longues, qui s'attachent sous les seins. Leur chevelure magnifique monte en pointe aigüe à six mètres au-dessus de leur crâne, pour descendre perpendiculairement, derrière le dos, jusqu'à terre, en leur servant de troisième point d'appui, ce qui leur permet de dormir debout sans aucune fatigue. Pour se peigner, ils se servent de peignes nouveaux *bastabs* faits avec la *siracote*, lait naturel que l'on récolte dans les étangs salés. Parfois certaines femmes malpropres ou trop pauvres se peignent avec leurs dents, qui ont, comme nous le savons tous, la faculté de se retirer de leur mâchoire. Une fois que les dents ont servi, elles se renferment sans un *farmirok* (boîte) jusqu'au moment des repas, qui se prennent dans le *Pristoufec* ou salle à manger.

Je clos ici ces détails pour m'occuper de leurs moyens de reproduction ; ces détails quoique bizarres n'en sont pas moins d'une grande exactitude. Les femmes de la race noire ont près du pectoral droit, sous la glande mammaire, une large ouverture ; c'est là que les enfants viennent comme chez les kangourous chercher un abri lorsque la chute des feuilles vient les menacer d'une destruction inévitable. En effet, chaque feuille sèche emporte avec elle un des membres de la famille lunaire. Aussi comme on dit chez nous il a tant d'années à vivre, dit-on chez eux il a encore tant de feuilles sèches à tomber. Les hommes de vingt cinq *flakok* (années) doivent être forcément pères à cet âge-là. Les femmes de quinze *flakok* doivent être mères aussi à cette époque ; elles montent sur leur *pitouxas* (espèce de lama aux poils bleus) et vont de par la loi de la nature chercher un époux au-delà du lac *Pirouste* près de *Kikodek* ; c'est par les chemins souterrains tapissés de cire vierge qui vont jusqu'à *Tapandok* que les jeunes filles se rendent une fois l'an. C'est comme un immense bazar, un marché aux *cratars* (hommes de la race verte). Tous ceux qui veulent contracter mariage se réunissent en jetant des cris joyeux et toujours plus forts que les premiers, puis se rapprochent les uns des autres, ils commencent une scène telle que je crains de la rapporter, tant elle est bizarre. Ils se mettent la tête en bas et au moyen de leur orifice inférieur, ils soufflent longuement et lentement les gaz renfermés dans leurs entrailles. C'est une grande jouissance pour eux. Les plus bruyants remportent toujours le suffrage et les applaudissements des assistantes et sont choisis pour époux à l'instant même.

Cette cérémonie qu'ils appellent *Zicrodzag* est des plus anciennes et nul n'est marié s'il ne l'a accomplie. L'année suivante s'il en résulte un enfant du mariage, il est indispensable de revenir sur les bords du lac *Pirouste* à la même époque. Chaque père monte sur le sommet

d'un *paupoukoi* (espèce de palmier maritime) et lance avec vigueur son enfant dans le même lac. Aussitôt que cette cérémonie est terminée, tous les grands dignitaires s'avancent en se tenant par le nombril et vont repêcher les enfants auxquels on fait subir le traitement spécial de l'eau bouillante et du grattage dont nous avons déjà parlé. Les enfants de la race verte, la plus intelligente de toutes, ne viennent au monde qu'après dix-huit mois de gestation.

Invité par un *cratar* (homme vert) à venir prendre part à un repas qu'il rendait à un ami, j'entrai dans le *Pristoufec* (salle du festin) où une cinquantaine de *triturius* (hommes chauves gris) s'apprêtaient à servir. De douze *pendoulos* (minute) en douze *pendoulos*, les invités arrivaient vêtus à la dernière mode. C'était une espèce de blouse à dents appelée *boutangif* fait avec du *kroukouche* (lin lunaire), qui leur entoure les reins, le ventre et les assises ; aussitôt entrés, ils s'assoient chacun sur son *gotof* (espèce de chaise à deux pieds), un *farmirok* à ses pieds, une *kratir* (chaise d'ivoire) devant lui, sur cette chaise d'ivoire une grosse boule, c'était tout le repas. À un signal du maître de la *Buringue* (maison) chacun se lève de son *gotof* et va s'asseoir sur le *kratir*. La boule aspirée par le boyau s'engouffre avec un bruit formidable et sort par l'extrémité opposée. Ce n'est qu'alors qu'elle est bonne et savoureuse et qu'elle passe dans l'estomac de l'un pour ressortir à l'instant être de nouveau lancée dans l'espace, aspirée par le boyau de l'autre, rendue et avalée par tous les assistants. On se livre ensuite à la conversation. La manière de parler est un des phénomènes les plus incroyables, au point que l'imagination la plus riche ne saurait l'inventer. C'est par le nombril que les sons sortent en accents criards et aigus et qui produisent à notre oreille une musique peu harmonieuse. Ils ont encore une autre manière de converser ; ils approchent leur oreille du nez de leur interlocuteur et se

tirent un des doigts du pied. Le salut consiste à avancer délicatement le pied gauche et à frapper du gros orteil le bas ventre de celui à qui l'on fait honneur ; plus le coup est fort, plus l'estime est grande. Aussi est-il fort rare de voir des hommes ventrus, grâce à cette coutume. Tous les invités quittèrent la maison après le repas, les uns sur leurs *carnoufs* (espèce de cheval), les autres s'élançèrent et bondir[ent] dans l'espace sur leurs queues à ressorts. Le *carnouf* est un animal approprié aux besoins de l'homme. C'est une espèce d'outré couleur de chair, velue près du naseau, près des oreilles et à l'anus. Les jambes sont si courtes qu'elles ne lui servent à rien, elles ressemblent à des saucisses et n'ont aucune force. Il est de la grosseur d'une barrique, a le don de s'enfler et de s'élever dans l'air ; c'est une des manières de voyager des plus agréables. Les Lunaires s'en servent aussi de sa peau pour s'en faire un vêtement qu'ils ne portent jamais sur leur corps, mais qu'ils traînent en paquet sur leurs épaules, gagnant à ce travail une chaleur et une transpiration des plus salutaires, transpiration si abondante qu'en se répandant à la surface de leur globe, elle y produit les lacs salés que nous apercevons de notre planète et qui occasionnent parfois vers la *mi-pistor* (septembre) des pestes aux environs des grandes cités. Les savants ont trouvé tout dernièrement un moyen de conjurer ces exhalaisons : c'est de prendre, le matin à jeun, une forte branche d'arbre d'une espèce particulière, coupée horizontalement en ayant soin que la coupure dépasse de quelques *lestos* (centimètres) la lèvre supérieure. Pendant ce temps on se fait jouer un air de *chichikaroufi*, espèce de flûte faite avec la peau de leur raisin.

L'époque des éclipses est d'une grande importance pour eux. Ho ! alors tout est en rumeur, c'est un sauve qui peut général. D'abord ces époques sont très dangereuses pour les habitants. Beaucoup d'entre eux se déchirent, car leur mort n'est pas comme chez nous privation

de vie, mais sommeil léthargique qui peut durer plus ou moins longtemps. Cela dépend de leurs enfants ou héritiers. Au bout de plusieurs siècles, quand on a besoin d'un aïeul se fait sentir, on ouvre son tombeau *ico* (espèce de fer blanc). Tous les présents réunis se mettent à lui souffler, au moyen d'une espèce de chalumeau, une composition faite avec plusieurs racines, dont les noms nous échappent, puis on lui injecte dans les narines et les oreilles une drogue appelée *muziste* chez les uns, *furop* chez les autres ; c'est une sorte d'embaumement. Aussitôt que cette cérémonie est finie, on emporte le cadavre au pied d'un volcan, on le couche sur la

lave encore chaude et on l'on lui ouvre le flanc gauche à l'aide de l'instrument découvert par feu Mijonico, célèbre opticien, et on y verse une *tubiche* (bouteille) de *Broustillimane*, plante sacrée que les *chlaudrak* (prêtres) emploient pour faire leurs sacrifices ; c'est chez nous l'odeur de l'ammoniaque.

Il y aurait bien de volumes à écrire sur les Lunariens et sur leur religion, assez cachée aux profanes, mais j'espère que le temps amènera tout naturellement les savants de notre globe à soulever les voiles mystérieux dont les prêtres entourent ce qui a rapport à la divinité.